

Ε. ΒΕΤΑΛΚΟΥΡΤ

Sueños
2

SUEÑOS 2

Elizabeth Betancourt

Sinopsis

Melania está devastada y tratará de demostrar su inocencia. Hay maldades en el mundo que no se pueden describir y esta protagonista tendrá que luchar contra muchos infortunios y desgracias. La cuestión es si salvará a su corazón de la fina capa de hielo que amenaza por cambiar todo y sobre todo, por cambiarla a ella, o logrará su cometido con el corazón a salvo y con los sueños más grandes que los miedos que paralizan el cuerpo e impiden el sonido de la risa, que impiden un futuro, ya que este pertenece únicamente a aquellos que creen en la belleza de sus anhelos.

Capítulo 1

Sentada en el bar, sumida en sus pensamientos, siquiera oía la triste música de fondo que tanto se asemejaba a su estado de ánimo.

Ya desde un inicio sabía que emprender el viaje hasta Italia era un riesgo, pero estaba dispuesta a arriesgar porque la seguridad en la que vivía en casa de sus tíos era una ilusión, una cárcel disfrazada de solidez, de una garantía de vida tranquila que era estática sin cambio alguno, estando en un bucle que consistía en rutinas interminables de aburrimiento.

No lamentaba haberse ido de “Boring”, pero ni en sus peores pesadillas se habría imaginado que perdería todo por culpa de una mentira, por culpa de una farsante maquiavélica que a simple vista no parecía alguien de quien temer...

Durante el viaje, aquel viaje inolvidable en el que había conocido a Ángela y a Domenico, había pensado que podía fracasar con el proyecto que había emprendido, pero por cuestiones económicas, no por el odio de toda una comunidad que la había tratado al principio como una persona que merece respeto y cariño, para después sin siquiera escucharla, juzgarla y echarla de sus vidas como si fuera un perro callejero.

Sus ojos todavía se empañaban al recordar lo perdida que se sentía al salir de la casa de Domenico. La habían sentenciado sin siquiera darle la mínima oportunidad de poder defenderse.

Había creído que en seis meses la conocerían, sabrían la clase de persona que era y sobre todo, sabrían lo mucho que había entregado de su amor a todos ellos.

Una lágrima se deslizó por su mejilla sonrojada y Melania la borró con rabia, diciéndose a sí misma que ninguno de ellos valía la pena, ninguno de ellos merecía una sola lágrima suya, ninguno, excepto su angelito...

Si seguía allí, planeando y luchando por descubrir las mentiras de Antonella, era por Ángela y por su casa, había trabajado muy duro como para abandonar el único hogar real que había tenido en la vida.

—Disculpe, señorita... Espero no molestarla, pero creo que necesita compañía. —La voz de un hombre interrumpió sus reflexiones. Le miró sin llegar a verle, lo cierto es que se sentía desde hacía semanas como en un mundo lleno de niebla espesa que la permitía abstraerse de la realidad. No quería sumergirse en su mundo interior, pero el dolor por la pérdida de aquello que siempre había añorado tener y por fin parecía haberlo logrado, la mortificaba.

—Nmno, no pasa nada. —Murmuró Melania en respuesta.

El hombre sonrió y tocó su mano, fue entonces cuando la pelirroja por fin se fijó en él. Era un hombre atractivo, debía rondar los treinta y cinco años, moreno y de estatura promedio. Iba vestido de manera informal y debía admitir que tenía una sonrisa bonita. Su gesto no parecía el típico de un varón joven que intenta llevarse a la cama a una chica que se encuentra en un bar en los suburbios de la Toscana. Parecía que deseaba genuinamente ayudarla, al menos escuchándola, sí, tenía pinta de ser un buen oyente.

—¿Por qué una joven inglesa tan bella está sola en esos lares y con la mirada tan triste? —Preguntó aquel hombre cuyo acento en inglés era dulce y gracioso.

—Es una historia muy larga. —Contestó Melania, haciendo un intento de esbozar una sonrisa

que más bien parecía una mueca y en un italiano perfecto, casi de nativa.

—Se me da bien escuchar. —Respondió el moreno. Su mirada era cálida y su voz muy tranquila y serena, tanto que resultaba calmante.

—Eso parece... ¿Eres un escritor que busca inspiración en historias tristes? ¿O tal vez, un sociólogo que intenta estudiar el comportamiento de las féminas extranjeras en Italia? ¿O, eres alguien sin una vida propia que no tiene nada mejor que interesarse en las vidas ajenas?

Melania no había pretendido resultar tan borde, pero últimamente no parecía ella misma, no se sentía como la mujer serena, dulce, simpática y graciosa que generalmente era. Algo en su interior se había roto...

—Perdona, no quería... —Intentó disculparse, pero el hombre la dedicó una sonrisa, como diciendo: No pasa nada.

—Soy criminólogo, me acabo de tomar las vacaciones y decidí venir a este sitio que se caracteriza por sus buenas costumbres y la paz. Mi trabajo muchas veces impide esa tranquilidad mental que deseo. —Dijo el desconocido dejando a Melania sorprendida. Ella jamás había conocido a un criminólogo y aquello resultaba de lo más interesante.

—¡Vaya! No me extraña... ¿Es como en “Mentes Criminales”? Me refiero, seguro que has visto cosas espeluznantes... —Dijo Melania con la curiosidad típica de una niña pequeña.

—La realidad supera la ficción. —Contestó el hombre y en sus ojos ella pudo apreciar cierta tristeza, pero fue solo por unos segundos tras los cuales la expresión del moreno volvió a ser afable y sus ojos brillantes, chispeantes como el lucero vespertino.

—Entiendo... ¿Y qué te parece la Toscana hasta ahora? —Preguntó Melania cambiando de tema, aunque se moría por saber más sobre las cosas que debía haber visto aquel desconocido tan atractivo. Su imaginación volaba por las nubes, imaginándose situaciones, historias dignas de un episodio de NCIS.

—A La Toscana la podría definir como un paraíso idílico donde el tiempo se ha detenido. —Respondió el criminólogo.

—Oh, recuerdo que yo había pensado lo mismo cuando pisé estas tierras. —Dijo Melania con cierta melancolía.

—¿Y ahora? ¿Opinas de la misma manera? —Preguntó el hombre que al parecer se interesaba por el comportamiento humano incluso fuera del trabajo.

—Claro que sí, lo que pasa es que... No sé, es difícil de explicar. —Dio una respuesta bastante ambigua la pelirroja, pues ya no confiaba en las personas como antes y tanto interés repentino por parte del desconocido sonaba sospechoso.

—Intenta explicarlo. Creo que has sufrido mucho, parece que alguien a quien amaste con todo el corazón te destrozó emocionalmente... No pareces desear soltar tu dolor a un perfecto desconocido. Lo cual es comprensible y además, aconsejable. Pareces una buena chica, alguien capaz de escuchar... Tal vez tú podrías ser mi oyente por unos minutos, a mí no me importa que seas una desconocida, casi que lo prefiero, siento que me puedo expresar mejor con alguien a quien no conozco, alguien cuya opinión en el fondo no me importa, alguien a quien tras una charla amena no volveré a ver. —Dijo el moreno sonriendo, Melania correspondió a su gesto.

—Entonces tienes una historia... —Dijo ella, más para sí misma que para él, reflexionando en voz.

—En esta clase de sitios siempre hay alguien con una historia, dispuesto a ahogar el dolor con una copa o un rápido revolcón.

—Yo sólo vine a por una o varias copas. —Dijo la pelirroja, dejando clara su postura.

—Tu corazón pertenece a alguien, inconscientemente pones barreras a cualquiera que quiera ligar contigo porque sientes que le debes lealtad a esa persona. —Dijo el desconocido sin inmutarse, con una voz pragmática.

—¡No le debo nada a ese! —Contestó Melania con voz ronca, con los ojos reflejando su llanto interior.

—Lo que yo decía, un corazón roto. —Dijo el moreno levantando una ceja y ella le miró rabiosa.

—¡Deja de analizarme! Mi cabeza es mía y solo yo puedo estar dentro de mi coco.

La respuesta de la inglesa le hizo reír al criminólogo, a ella le pareció que su risa era agradable al oído y sin poder evitarlo, también lanzó una carcajada.

—Cuéntame tu historia. —Dijo al cabo de un rato la pelirroja, tomando un gran sorbo de su jarra de cerveza.

—Me suspendieron del trabajo por un trauma...

—¡Oh dios mío! —Exclamó Melania horrorizada, con los ojos abiertos de par en par.

—No es por algo que haya visto, esas cosas no suelen afectarme, solo unos cuantos casos durante mis primeros años de oficio, pero el ser humano está hecho para encontrar la forma de poder avanzar a pesar de ver las cosas más horrorosas hechas por seres que han caído en la miseria de su existencia. —Respondió él con una voz inexpresiva, probablemente una técnica que había aprendido como forma de suprimir sus emociones para desempeñar su trabajo.

—¿Y entonces? —Preguntó Melania consternada por lo frío que parecía al hablar de su trabajo.

—El año pasado mi hermano, Alphonso, se suicidó. Fue de forma repentina, él parecía estar bien meses atrás, pero se enamoró perdidamente de una chica a la cual yo nunca llegué a conocer. Encontré su cuerpo sin vida en su habitación, pues compartíamos piso, él colgaba desde el techo y en su mano había una carta desgarradora en la que describía ese amor enfermizo que sentía hacia esa mujer llamada *Chiara*. Al parecer, ella nunca correspondió a su amor, pero a pesar de eso era extraño ese comportamiento en mi hermano, él no era un cobarde, todo lo contrario y jamás antes se había obsesionado de esa forma con una mujer hasta perder la cabeza. Leí todas las cartas que le había escrito, sólo se repetía ese nombre y la belleza que poseía la mujer, pero ninguna pista sobre la identidad de Chiara, tan solo su nombre de pila. Llegué a tener una gran manía de encontrar más respuestas para poder explicarme la razón de que mi hermano hubiera tomado tal decisión, una resolución radical y sin lógica... Pero, no hallaba las respuestas a todas mis preguntas, mi jefe lo notó, me dio un plazo para recomponerme y dedicarme de nuevo de pleno en mi trabajo, pero no pude... Es por eso que Basilio, mi superior me suspendió temporalmente y vine aquí... Creo que me vendrá bien. —Terminó de relatar el hombre y añadió. —Te acabo de contar parte de mi vida y sin embargo, ni te he dicho mi nombre. Me llamo Cristiano.

La historia de lo que le había pasado al criminólogo había dejado a Melania con un malestar en las entrañas.

—Yo Melania. Espero que estas tierras apacibles realmente te ayuden, es algo atroz lo que ha pasado y puedo comprenderte perfectamente, puedo entender las dudas que te asechan, sobre todo, teniendo en cuenta que tu hermano era alguien con todos los tornillos bien puestos... Es extraño el cerebro, su funcionamiento... ¡Un día piensas normal y ves las cosas con lógica y perspectiva, al otro has perdido las facultades!

—Así es, pequeña pelirroja. He hablado de esto solo con mi terapeuta.

La afirmación dejó muy sorprendida a Melania.

—¿Y por qué me has confiado algo tan sumamente privado a mí, a alguien que conoces desde hace veinte minutos? —Le preguntó alucinada.

—Te parecerá extraño, pero tus ojos me recordaron a los de él. Los tenía de ese verde oliva tan raro, pero hermoso. Tu mirada me recordó a los últimos meses en los que le veía cada noche al volver a casa después de mi jornada laboral, siempre pensativo... Tal vez, si le hubiera escuchado, si hubiera intentado entablar una conversación con él...

—¡No debes sentirte culpable! ¡Tú no lo sabías! —Exclamó Melania y le abrazó, él necesitaba ese abrazo. Sintió sus músculos tensarse bajo el tacto de sus palmas, pero al cabo de unos segundos se calmó y pareció disfrutar del contacto. Melania se apartó y le miró a los ojos antes de decir.

—Mi problema ante el tuyo es una niñería. —Susurró esta.

—No lo creo, no pareces el tipo de mujer que se preocupe por tonterías. Cuéntame y tal vez así me distraigo un rato de mis propios fantasmas. Será como una terapia de tertulia entre dos desconocidos.

Melania supuso que podía contarle su propia historia, pues él había compartido con ella algo mucho más complejo y de mayor importancia y además, necesitaba desahogarse.

—Hace más de medio año vivía en Boring, una pequeña ciudad de mi país. Mis días consistían en estar en el taller de costura de mis tíos y en limpiarles la casa y servirles la cena. Me ahogaba allí, ansiaba mucho más, pero mis tíos, sobre todo mi tía Mitzi, se encargaban siempre de cambiar mi opinión sobre la metamorfosis en mi vida que yo sentía que anhelaba, así que me quedaba en el mismo estado, encarcelada en un bucle de rutinas interminables de costura y la cháchara superficial de mi tía. Finalmente comprendí que me usaban, pues todas las ganancias del trabajo de costura paraban en los bolsillos de ambos, para necesidades de la casa, decían...

—¿No tenías otros familiares? ¿Tus padres? —Preguntó Cristiano

—Murieron cuando yo era niña, quedé al amparo de mis tíos. Tengo abuelos, pero ya son muy mayores, se dedican a su jardín y a una vida apacible que yo no deseo destruir.

—Te entiendo. Supongo que cuando te enteraste de las mentiras de tus tíos, decidiste empezar en Italia. Muy lejos para comenzar una nueva vida. ¿No?

—En realidad había tomado la decisión de venir a Italia antes de saber sobre las verdaderas intenciones de mi familia adoptiva. Vi un anuncio por Internet, se trataba de un programa organizado por el Gobierno de Italia, permitir la compra de una casa a un euro a cambio de restaurarla. Ya sabes, una idea muy atractiva que puede servir para detener la despoblación en algunas zonas que han sufrido el declive económico.

—Oh, ya había oído sobre ese proyecto. Un francés que vive más al sur de mi ciudad natal, consiguió una casa del siglo XVIII de esa forma. ¡Y ojo! ¡Logró restaurarla tan bien que ahora parece un palacio digno de un rey. —Respondió el criminólogo.

—Yo también logré hacer muy bonita mi casa y en poquito tiempo. —Contestó Melania con tristeza.

—¿Y por qué lo dices con tanta amargura? ¡Es un motivo de alegría, de celebración!

—Cuando venía hacia Italia, conocí a un hombre y a su hija pequeña en el avión. Por coincidencias del destino, ellos vivían en la misma zona en la que yo compré mi casa. Me enamoré de la niña, me sentí identificada con ella, pues ella echaba de menos a su madre, a pesar de tener a un padre bueno, responsable y que le daba todo el amor del mundo, la criatura se sentía sola y necesitaba una figura materna. Yo había crecido con esa misma necesidad y sentimiento de

soledad que me albergaba.

—Es totalmente comprensible, uno puede sentir como si se tratará de un espejo quién comparte las mismas emociones que las tuyas. Es un instinto vinculado al ser humano que por naturaleza es un ser sociable.

—El viaje fue fantástico. Me encariñé con la pequeña y con su padre, un escritor de cuentos infantiles cuyo nombre voy a omitir, pues mi intención no es destruir su reputación.

—Vaya... ¡Te enamoraste de él! Incluso dolida, procuras proteger su imagen, ese imbécil no sabe lo que se ha perdido, a una mujer increíble que vale la pena y que hoy en día pocas veces se puede encontrar. —Dijo Cristiano mirándola con admiración. Él había oído cientos de historias en su vida, cada una más asombrosa que la anterior, pero algo en la personalidad chispeante de Melania provocaba en él un entontecimiento inevitable. En pocos minutos uno podía darse cuenta que la pelirroja tenía una personalidad fuerte, una valentía y un carácter bastante marcado que había tenido que suprimir ya que las personas con las que había crecido le habían provocado cierto temor de mostrar su auténtico temperamento.

—Creí que él me valoraba... A mi pesar, debo admitir que yo todavía, incluso con todo el coraje, rencor e ira que siento en mi interior, cada pedacito de mi corazón le pertenece. —Contestó Melania sin sentir que sus hermosos ojos del color del oliva se estaban llenando de lágrimas.

—Ey shh, no llores, preciosa. —Dijo Cristiano abrazándola y Melania no pudo evitar echarse a llorar como una magdalena. Llevaba días sin permitirse sufrir, poniendo capas de hielo en ese corazón herido por la desconfianza de Domenico.

—Él me llamaba siempre: “*Preciosa*” —Murmuró la pelirroja mientras su nariz se ponía roja. Abochornada por el descontrol de sus emociones se apartó del hombre y borró sus lágrimas pensando que debía parecer un payaso con sus cabellos rojizos combinado con la nariz y los ojos de mapache, ya que seguramente el rímel se le había corrido.

—Debe tener algo muy especial este hombre como para robarte el corazón de esa forma. —Dijo Cristiano mirándola con tristeza.

Melania esbozó una sonrisa y contestó.

—Es un hombre muy atractivo, tiene un magnetismo único. Lo primordial que sentí y fue a primera vista, fue una atracción tan fuerte que hasta me aturdió. Él se mostró reactivo, por momentos parecía tener interés y luego se distanciaba provocando en mí un caca mental. ¡Todos esos sentimientos de adolescente enamorada en apenas horas de conocernos! ¡Y nos besamos en el primer día en el que me instalé en Fabbriche di Vergemoli! —Melania tapó su boca porque se le había escapado el nombre de su localidad, y a ese varón no le conocía de nada, de pronto igual hasta resultaba un conocido de Domenico o inclusive, un viejo amigo...

Cristiano lanzó una risotada y la miró con dulzura. —No te preocupes, no conozco a nadie de por allí. —Dijo y Melania se lamentó por ser tan transparente. Aclaró su voz y prosiguió con su historia, lo más interesante es que cada vez que hablaba, más se soltaba y expresaba absolutamente cada emoción que se dibujaba en su expresivo rostro al recordar toda su historia con Ángela y Domenico.

—Tras conocerle más y ver parte de su excepcional personalidad fue inevitable enamorarme hasta las trancas. Me enamoré de su sonrisa, de su capacidad creativa, del buen padre que era, de lo mucho que cuidaba a los suyos como una roca que estaba allí para proteger de todo aquello que amenazaba la seguridad de su hogar... Cada día que pasaba a su lado mi admiración hacía él crecía al igual que mi amor. En mi imaginación él sentía lo mismo, pensaba que confiaba

plenamente en mí como yo en él, pero cuán equivocada estaba...

Cristiano la escuchaba atentamente, sintiendo una punzada de envidia, pues por cómo hablaba sobre el escritor y cómo describía la relación que habían tenido parecía que la encantadora muchacha había encontrado el amor. Y no solo al amor, sino a una familia, al lado de esas personas tan curiosas como la adorable niña Ángela, la modista y su sobrina y el artista que rehuía al principio a las relaciones por culpa del recuerdo de su difunta esposa. Él sin embargo, llevaba sin tener una cita desde hacía siglos, no por falta de candidatas, pero es que arrastraba a tantos fantasmas del pasado que no deseaba compartir su mundo negro y cruel con nadie.

El rostro de la pelirroja resplandecía cuando contaba sobre sus viajes, las comilonas que organizaban en su casa que al parecer era una mansión. Todo apuntaba a que la joven había tenido mucha suerte tras vivir largos años con la compañía de la soledad, anhelando un calor hogareño. Por ello el criminólogo no comprendía esa profunda tristeza en sus ojos, esa mirada que tanto le recordaba a su hermano y por irrazonable que fuera, deseaba ayudarla de alguna forma, se veía tan frágil y desdichada...

—No comprendo, si tan bien os llevabais, ¿por qué? —Quiso formular su duda Cristiano, pero fue interrumpido.

—El día del cumpleaños de mi angelito, recibí una llamada de Doña Albertina, yo la sentía como una madre, habíamos llegado a formar un lazo muy fuerte y me preocupé al oír su voz, sonaba más sería que habitualmente, me convocaban en la casa de mi pareja. Fui y vi a mi niña llorando, quise abrazarla como siempre hago cuando intento calmarla, pero me lo impidieron todos los de allí presentes. Recuerdo sus miradas cada noche antes de conciliar el sueño, tan odiosas, tan llenas de coraje... ¡Me culpaban de agredir y maltratar a Ángela! Pero, en aquel instante siquiera me daba cuenta, tan solo quería abrazarla y nadie me permitía acceder a ella.

—¿Cómo es posible! Eso no se lo creería nadie. Yo que no te conozco veo lo mucho que adoras a la niña. ¿Cómo no lo vieron ellos y por qué razón te juzgaban por algo tan atroz?

—Mi pequeña presentaba cardenales y hasta quemaduras de cigarrillo. Toda su tripita estaba marcada, sus bracitos... —Respondió Melania con la voz quebrada, con el dolor de una madre que no podía tener a su hija y que sufría al pensar en lo que le había ocurrido a aquella criatura.

—¡Mío Dio! Povera Piccola... —Exclamó Cristiano que odiaba con el alma los casos de maltrato infantil. Él sabía de sobra de bien lo que podía provocar un trauma en un niño. El caso más grave que había llevado y uno de los que más le había marcado, trataba sobre una pequeña cuyos padres habían abusado de ella. De mayor había desarrollado más de un trastorno psíquico.

—Estoy segura que es Antonella, ya te conté que había notado cosas raras en el comportamiento de la niña y la excesiva obsesión de la niñera con Domenico. —Melania tapó otra vez su boca, ya se le había escapado el nombre de la única persona cuya identidad deseaba mantener en secreto.

—¡Mío Dio! ¿No estarás hablando de Domenico Rizzo, el famoso escritor de cuentos infantiles?

Melania enrojeció hasta la raíz del pelo, mientras Cristiano exclamaba.

—¡Desde luego, esta historia cada vez es más interesante!

—Estoy hablando de él en efecto. —Dijo Melania cabizbaja, ya rendida, Esperaba que aquel criminólogo no se fuera de la lengua, puede que Domenico hubiera actuado como un reverendo imbécil, pero era porque pensaba que protegía a su hija. A Melania la extrañaba que no hubiera enviado la pasma tras ella.

—Es un tipo muy formidable. Apenas ha dado entrevistas por la tele, es súper discreto con su

vida personal y le gusta la tranquilidad. Le conozco porque la hija de un compañero es muy fan de sus cuentos, en cuanto sale un nuevo libro, sobre todo de la Saga: Las memorias del principito, corre a la librería más cercana a comprarlo. Rizzo apenas ha salido en prensa, pero cuando se casó sí hubo una foto que circulaba por las redes, revistas y periódicos con su esposa, Rosetta creo se llamaba. ¡Una belleza italiana de la cabeza a los pies! Se veían muy enamorados, una desgracia su repentina muerte.

—Sí, he visto alguna que otra foto y lo puedo confirmar. Una mujer hermosa. Su hija es igualita a ella. —Respondió Melania con tristeza y luego añadió con un tono abatido. —Inconscientemente siempre supe que él jamás llegaría a amar a otra mujer. Me lo dijo, me advirtió que jamás podría entregar su corazón, pero yo ilusa, me dejé llevar por la dulce imagen de la ilusión.

—Pues yo creo que él sí había empezado a enamorarse. Sé que debes estar rota por la desconfianza de esas personas que tanto llegaste a amar, de esa gente con la que por primera vez sentiste que tienes una familia, que formas parte de algo más grande... Pero la niña declaró y las pruebas eran aplastantes... Es decir, el que ideó, o mejor dicho, la que ideó este plan lo hizo con precisión durante largos meses. —Dijo Cristiano.

—También sabes que es Antonella, ¿no? —Preguntó Melania con un atisbo de esperanza en su voz. Por fin alguien la creía.

—¡Por supuesto! Eso está más claro que el agua. Dices que durante los meses en los que estuvisteis juntos con Domenico y lograste integrarte totalmente en la comunidad, apenas la veías, pero notabas su mirada de odio cuando coincidíais y sabías con certeza sobre su atracción hacia Domenico. Se ve a leguas que esta mujer está obsesionada y el comportamiento extraño de la niña ante ella es una muestra que algo iba muy mal, algo muy macabro pasaba en la casa del escritor y él siquiera lo sospechaba.

—Eso mismo pensé desde un principio... ¿Sabes? Sigo aquí por Ángela, sino, me habría marchado hace mucho, pero necesito alejar a esa psicópata de la niña, pero lamentablemente no tengo ninguna evidencia contra su persona.

—¿Irte? ¿Y dejar la casa de tus sueños por un par de desconfiados que han sido crueles contigo? ¿Y qué pasa con todo tu esfuerzo, tiempo y dedicación en la casa? ¿Vas a tirarlo por la borda? Aquí encontraste la libertad y ahora en vez de lamerte las heridas debes ponerte a investigar sobre esta zorra y seguir con tu vida. Seguro que después Domenico te pedirá perdón de rodillas.

—“No quiero eso, solo quiero su amor”. —Pensó Melania, pero no lo dijo en voz alta porque no deseaba verse más lamentable de lo que ya se veía.

—Cuando me echaron a patadas de la casa, se me enganchó un papel en los vaqueros, cuando lo abrí vi que se trataba de una nota que me dejó impactada. Creo que puede resultar una pista por donde comenzar. —Le dijo a Cristiano. Al principio pensaba guardarse esa información para sí, pero el criminólogo parecía legal y tal vez podía hasta echarla una mano... ¿Quién sabe?

—¿Qué ponía? —Quiso saber el hombre muy interesado.

Melania sacó el papel bien doblado de su pequeña bolsa y se lo entregó.

—*Detesto a las putas y no dejaré de destriparlas, es lo que deseo ahora mismo hacer contigo. ¡A mí nadie me puede engañar! Amo mi trabajo y quiero hacerlo otra vez, pero a mi modo y no con una botellita de sustancia de color rojizo. Siquiera me deleite con los gritos de esa pija y encima no me pagaste. Acordamos que en efectivo y una noche abierta de piernas para mí. ¡No recibí ninguna de las dos cosas! Mi cuchillo es afilado, tan hermoso y resplandeciente que quiero volver al trabajo de inmediato. Buena suerte...*

Capítulo 2

—¿Tú crees que es buena idea? No sé yo... Suelo volver a casa en las horas en las que sé que no hay nadie por las calles y nadie podrá verme... El resto del tiempo lo paso en esa taberna que está a dos kilómetros.

—¿Y vas caminando hasta allí todos los santos días? —Preguntó Cristiano atónito.

—¡No me mires así! Además... Me han quitado a Daisy, no hay otra forma de moverme, y bueno... Dicen que caminar es muy bueno. Disminuye el riesgo de hipertensión, ayuda a mantener la figura y aumenta los niveles de vitamina "D". —Respondió Melania, mirando a su alrededor espantada ante la idea de que alguien la viera entrar en su propia casa.

—Oh, por favor... ¿Quién diablos es Daisy por cierto?

—Ah, es mi camioneta, bueno la camioneta de Don Tommaso. Él me la había regalado, ¿sabes?

—¿Y después volvió a llevársela? —Preguntó Cristiano con la mirada fría.

—Así es. Eso no me duele tanto... —Mintió la pelirroja con descaro.

—Lo que más me atormenta es lo que han hecho con mi jardín. —Añadió la bella mujer con la voz congestionada y los ojos llorosos.

—¿A qué te refieres?

—Tenía una esquina preciosa que habíamos hecho yo y Domenico, juntos. Eran rosas blancas sembradas y formaban en el suelo un gran corazón. Era hermoso y muy especial para mí porque es un recuerdo y quería conservarlo por los buenos tiempos. Prefiero recordar las cosas lindas y las alegrías en vez de las penas.

—¿Lo han destrozado?

—No ha quedado nada. Tan solo el resto de algunos pétalos de rosa pisoteadas, no del color más blanco y puro que solían ser, sino manchadas con fango y rotos. —Respondió Melania y su nuevo amigo se fijó en que su labio inferior temblaba, parecía a punto de echarse a llorar. Su aspecto se asemejaba al de una niña indefensa y Cristiano no pudo evitar abrazarla y susurrar en su oreja.

—No te preocupes. Si quieres podemos hacer uno nuevo en su lugar, por los nuevos recuerdos que deseas conservar. —Dijo con el sincero deseo de calmarla, de mejorar su estado anímico, pero en el fondo sabía que aquello era imposible, porque ese rincón de rosas probablemente tenía un significado muy profundo en el alma de aquella joven que nunca había tenido el calor de una familia y que deseaba conservar cualquier rastro de recuerdo que la hizo sentir ese calor, ese hogar, esa felicidad y genuina alegría... Se había sentido durante toda su vida más sola que la una y ahora se sentía defraudada porque había tenido demasiadas expectativas.

Un ruido captó las atenciones de ambos. Melania se separó del abrazo del criminólogo en el acto y cuando miró hacia el lado de donde provenía el ruido, su corazón pareció acelerarse tanto que pensó que iba a estallar como una bomba atómica. ¡Domenico estaba allí parado mirándoles de una forma que ponía los pelos de punta!

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? Melania, por fin vas vestida como tu verdadera naturaleza, como una puta. ¿Ya no vas de niña buena? —Dijo el italiano destrozando el corazón de la chica

por completo.

—Oye si no quieres acabar con un ojo morado, te sugiero que te vayas echando leches. —Le dijo Cristiano que se había puesto rojo de la furia. ¡Odiaba que se insulte de esa forma a las mujeres! Y estaba decepcionado de ver a un gran artista, orgullo para la Toscana, comportándose como un poco hombre.

—¿Y tú quién eres? ¿Su nuevo follador? —Preguntó Domenico riendo con sarcasmo. Parecía borracho. Se tambaleaba y no tenía control de su voz.

En dos zancadas, el criminólogo estaba ante él y le agarraba por las solapas de su camisa.

—¡Vuelve a insultar a esa mujer, ciego de mierda, y te juro que te parto la cara en dos! —Dijo Cristiano, pero sus palabras no parecían afectar al escritor que le dio un puñetazo pillándole totalmente desprevenido.

—¡Me cago en la madre que te parió! —Exclamó Cristiano mientras se limpiaba el labio, pues el muy bestia se lo había partido.

—¡Cómo pudiste Domenico! —Gritó Melania impactada y preocupada por la única persona que creía en su inocencia.

Domenico con pasos rápidos se abalanzó contra ella y la agarró por los cabellos tirando con saña.

—¡Márchate de aquí puta psicópata de mierda!

—Por favor... Me haces daño. —Gimió Melania mientras sentía cómo le ardían los ojos.

—Es lo que pretendo, lastimarte como tú le hiciste daño a mi hija. —Gruñó él como un león herido.

—Yo jamás podría perjudicar a mi angelito. —Respondió ella y la bofetada que recibió le volvió la cara del revés.

En ese momento Cristiano se abalanzó sobre el escritor y comenzó a patearle. Había logrado desestabilizar a aquel hombre que por muy borracho que estuviera seguía fuerte como un árbol plantado. Era una tarea ardua bajarle la guardia, pero el criminólogo lo había logrado hasta que su contrincante se doblaba de dolor.

—¡Basta ya! Basta por favor, solo quiero perderle de vista. —Rogó Melania que por desgracia seguía sufriendo si le veía a él sufrir. Merecía darse cabezazos contra una pared por tonta. Más tonta que un zapato, eso es lo que era ella.

Cristiano la escuchó, se apartó del escritor que los miró a ambos con odio y con dificultad se irguió y se dio la vuelta para irse, no sin antes decir: — ¡Esto no acaba aquí! Vete antes de que convierta tu vida en un infierno. —Habló mirando hacia la pelirroja y ella respondió en un susurro.

—Ya estoy en el infierno.

Cuando Domenico se marchó ella soltó todo el aire que retenía y con voz cansada dijo a su compañero.

—Entremos a dentro, creo que nos vendrá bien una infusión y si quieres irte, lo comprenderé.

—No me voy a ninguna parte. Te ayudaré. —Respondió Cristiano con la mirada brillando con decisión.

—¿Por qué haces todo esto por mí? —Preguntó ella, extrañada.

—Porque quiero y porque es la primera vez desde meses en la que no pienso en mi hermano. Es la primera vez en que puedo centrarme en otra cosa.

Melania le dedicó una sonrisa y ambos entraron a dentro de la vieja mansión de Abernethy, una casa que ella había logrado renovar y convertir en el hogar soñado, pero lamentablemente, sentía

que tendría que abandonarlo, dejar volar a ese sueño porque tal vez, a veces los sueños no se cumplían. Tal vez su tía Mitzi había tenido razón en todo y ella no valía para emprender ni para lograr sus objetivos, ya ni siquiera tenía trabajo, pues Doña Albertina la había despedido de inmediato. Puede que no estuviera hecha para esto. ¡Sí, se iría! Pero antes, salvaría a Ángela y descubriría el secreto tras la misteriosa y espeluznante nota que había encontrado en sus vaqueros. ¿De quién sería? ¿De Carlotta o de Antonella?

Se inclinaba a pensar más en la segunda.

El olor del café humeante despertó a Cristiano. Finalmente habían decidido por unánime que él se quedará en la casa de Melania, pues de pronto, contra todo pronóstico una tormenta como la que no había habido desde años en Fabbriche di Vergemoli había caído.

No se conocían en absoluto con la encantadora pelirroja y aunque por experiencia sabía que un psicópata podía ser cualquiera, incluso alguien que venía en un frasco tierno, dulce y sensible, él confiaba en su instinto y Melania le daba buena espina, además deseaba ayudarla. Tenía la firme creencia que todo en el mundo estaba conectado y que tal vez, por cuestiones inimaginables para el ser humano y para la ciencia, se habían conocido en aquel bar en los suburbios de aquel entorno que parecía a simple vista pacífico. ¿Cuántas maldades podían esconderse en los rincones menos esperados, en aquellos sitios donde la calma reinaba? ¿Quién podía caminar en la silenciosa tranquilidad deseando crear la peor de las tormentas de la historia?

Pensaba el criminólogo mientras se desperezaba.

—Ya estás divagando otra vez. —Se dijo mientras intentaba meter la pierna en aquellos vaqueros que habían visto días mejores. Salió de la habitación de invitados, que era de colores neutrales, calurosa y parecía tan optimista como debió de ser su dueña hace un tiempo no muy lejano.

Bajó por las escaleras, recordaba dónde estaba la cocina, pues allí habían tomado una infusión de frutos rojos horrible la noche anterior. Esa infusión parecía gustarle a Melania y Cristiano se dijo que algunas personas no tenían ningún gusto por las bebidas calmantes.

Afortunadamente empezaba la mañana con un buen café, si no durante el resto del día estaría como mitad zombie y mitad humano.

—Buenos días, Cristiano. —Le saludó Melania. Su voz era risueña, su mirada sí mostraba tristeza. El hombre no pudo más que admirar a la chica, se notaba que procuraba seguir para adelante y que deseaba ayudar a la criatura llamada Ángela que él todavía no conocía. Debía ser una pequeña muy especial que había cautivado el corazón de Melania.

—Buenos días. ¿Qué hora es? —Preguntó el criminólogo con una voz ronca típica de alguien todavía dormido.

Melania sonrió divertida y contestó. —Las once de la mañana dormilón.

Cristiano abrió los ojos como platos, se había quedado hablando con Enzo, su compañero de investigación, durante largas horas. Melania ya dormía el quinto sueño mientras él charlaba con Enzo descubriendo cosas muy interesantes.

—He dormido mucho. Gracias por tu amabilidad, Melania.

Ella le sonrió y se puso a hacer el desayuno. Generalmente Cristiano no desayunaba, pero el olor que inundó la bien decorada cocina, abrió su apetito.

—Es un desayuno fuerte. Te vendrá bien, ya verás. Hay que desayunar como un rey y cenar como un mendigo. Eso decía Doña Albertina. —Dijo la pelirroja con una melancolía palpable en cada gesto de su cara.

—Ayer a noche, después de tomar esa infusión que sabe a veneno, me permití investigar algo...
—Comenzó a hablar Cristiano mientras tomaba café de su taza. Nunca antes había tomado algo de tazas tan coloridas y floreadas, pensaba el hombre divertido.

—¿Investigar? ¿A qué te refieres?

—A esa nota tan espeluznante. Le envié a mi compañero Enzo la foto que hice y guardé en mi móvil, y él pudo analizarla e inclusive meterla en la base de datos y buscar si coincide con la letra de alguien sospechoso que se esté buscando.

El corazón de Melania pareció removerse de un sitio a otro en su interior tras oír eso. Era tan curiosa que llevaba largos días e incontables horas pensando en lo que podía significar aquella carta.

—¿Y? ¿Has encontrado algo? —Preguntó ella con impaciencia mientras una de las salchichas empezaba a quemarse en la sartén bailando al ritmo del aceite de oliva.

—En efecto. La letra coincide con la de alguien que llevamos buscando desde hace tiempo.

A Melania se le cortó el aliento. No podía creer lo que estaban oyendo sus oídos.

—¿Estás hablando en serio? —Preguntó para poder cerciorarse de sí no se trataba de su imaginación. Nunca habría creído que tan rápidamente iba a tener una pista de tal magnitud en su investigación.

—No te entusiasmes, me temo que la situación en la que te has embarcado es peligrosa. Más que peligrosa. La persona que escribió esa nota es al parecer: “El Ted Bundy italiano”.

Melania levantó una ceja exigiendo una explicación más detallada y amplia.

—Lleva en acción desde el año pasado. Asesina a mujeres, su modus operandi suele consistir en primero torturarlas y luego matarlas.

Melania abrió los ojos de par en par. ¡Aquello sonaba horroroso! Siquiera deseaba imaginárselo.

—Pero, esto no tiene sentido... ¿Por qué ese demonio escribiría a Carlotta o a Antonella?

Melania se sentía más confundida que nunca. ¿El asesino tenía relación con alguna de las dos mujeres que ella conocía? ¿O, acaso el asesino en realidad era mujer y por eso no le capturaban?

—¿Cómo es que no le habéis capturado en un año? ¿La poli es idiota o qué? ¿Y si es mujer? Nos soléis subestimar siempre.

Cristiano se echó a reír y entre risas, contestó.

—Es hombre, de eso no cabe duda. Los golpes infligidos requieren fuerza, ya que apenas ha usado algún tipo de arma, más que nada ha actuado con sus manos y con diversos tipos de cuerda. También se puede entender que posee una gran altura que suelen tener generalmente los hombres. El modo de actuar según el perfil indica que es un hombre caucásico de unos treinta y cinco años.

—¿Qué más dice ese perfil? —Inquirió Melania.

—No puedo decírtelo, es confidencial. —Respondió el criminólogo.

—Oh vamos, podría ayudar para la investigación, igual le conozco y todo, si está en Fabbriche di Vergemoli.

—Lo más extraño de todo es que ahora se haya asentado aquí. Este sitio es pequeño, pero él es lo suficientemente inteligente para que nadie sospeche de su persona. Suele actuar en diferentes puntos del país, es por eso que no hemos logrado dar con él. Además es tan meticuloso que nunca deja rastro, tan solo se lleva algún que otro recuerdo de las víctimas.

—¿Cómo un trofeo? —Preguntó Melania sintiendo ganas de vomitar. Seguía sin entender lo que tenía que ver alguien así con su localidad y con las personas que conocía. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Como un recuerdo, sí.

—¿A cuántas ha matado? —Preguntó la pelirroja en un susurro.

—A cuatro mujeres.

Aquello era tan desolador que Melania se sintió por primera vez desprotegida en Fabbriche di Vergemoli. Y lo peor de todo es que estaba sola, no había nadie que pudiera acudir a su ayuda si algo pasaba.

Cristiano vio su expresión de pánico y la abrazó, acariciando su espalda para reconfortarla.

En ese momento la puerta principal se abrió y se cerró con fuerza. Melania nunca la dejaba cerrada, pues allí jamás pasaba nada, una costumbre que ya mismo iba a cambiar.

Doña Albertina y Carlotta irrumpieron en la cocina, sus miradas eran tan frías como el Gran Invierno de mil setecientos nueve.

Capítulo 3

—¿Qué hacéis en mi casa? —Preguntó Melania iracunda a las dos mujeres que miraban a Cristian como si fueran dos gestapos.

—¿Quién es este? —Preguntaron al unísono tía y sobrina, reinas del cotilleo desde nacimiento.

—No os incumbe. ¡Fuera de mi casa! —Rugió la pelirroja.

—Uy, uy cómo se pone... Hemos venido para, para... —Intentó hablar Carlotta, pero fue interrumpida bruscamente por Melania.

—¿Para qué habéis venido? ¿Para seguir dándome la paliza? —Preguntó la pelirroja con ironía.

—No, queríamos disculparnos... —Contestó la chica con un susurro.

Doña Albertina seguía mirando a Cristian con inquina, mientras el criminólogo miraba la escena divertido. Parecía una familia discutiendo y se veía el amor que se profesaban, pero en medio había mucho coraje, mucha injusticia y orgullo.

—¿Disculparos? ¡Pero, qué graciosa! Lo que quiero es perderos de vista.

—¡Pues no nos vas a perder de vista porque no pensamos mover un pie hasta que nos dejes explicarnos! —Dijo Carlotta con un tono que mostraba su innata cabezonería.

—¿A caso alguna de vosotras me dejó explicarme a mí? ¡No! ¡No me disteis ni una maldita oportunidad! —Gritó la que tenía el cabello del color de las llamas del fuego y la mirada llorosa como dos cuarzos brillantes.

En ese momento Doña Albertina miró a su niña con una tristeza increíble en su generalmente fuerte mirada que ahora parecía avergonzada, devastada, destrozada...

—Hemos cometido una injusticia horrible niña, no me lo perdonaré nunca, pero aquel cuerpo marcado de moretones de Ángela, su expresión triste... ¡No podíamos pensar otra! Todo apuntaba contra ti.

Se explicó la modista con su voz congestionada y sus ojos abiertos como dos grandes platos.

Melania por un segundo sintió pena, pero pronto se le pasó porque se acordó que por ella nadie había sentido pena.

—¿Y en ningún momento pensasteis que aquellas pruebas aplastantes podían ser amañadas? ¿Que todo aquello que parecía ir en contra de mí de manera tan fácil y contundente podía ser un teatro bien elaborado?

Doña Albertina y su sobrina bajaron la cabeza, en ese instante siquiera podían mirar a Melania a los ojos.

—Disculpen mi intromisión, pero, ¿cómo pusisteis que Melania no ha maltratado a Ángela? — Finalmente habló Cristiano y ambas mujeres le miraron otra vez entrecerrando los ojos. Parecían estar en modo protección, desconfiando de él, lo cual demostraba que Melania les seguía importando y que también habían sufrido mucho por su ausencia en sus vidas. Eso podía verlo hasta un ciego, pero la pelirroja no parecía dispuesta a escuchar, de hecho le lanzaba fuego a Cristiano por abrir la boca. Ella parecía desear alejar a las dos mujeres fuera de su casa, de su mundo y de su vida.

—La niña... Ángela no para de preguntar por ella. —Respondió Doña Albertina. Al oír el nombre de la pequeña, el corazón de Melania saltó.

—¿Cómo está mi niña? —Preguntó con una tristeza tan grande que solo podía sentir una madre separada de su hija.

Doña Albertina se dijo a sí misma que había sido una tonta y es que no había nada peor que el ciego que no quiere ver. Ahora, en ese preciso instante observando a la pelirroja se cercioraba de lo que sabía desde un principio. Amaba a la pequeña Ángela como suya y la había separado de ella sin contemplación.

—Claro, pensasteis que una niña maltratada no sentiría tanto interés y tanta añoranza hacia su supuesto maltratador... —Reflexionó Cristiano.

—¿Quién es usted? —Inquirieron las dos mujeres al unísono otra vez, provocando la risa en el hombre. Parecían la misma persona, pues hasta su postura y mirada era idéntica. La que se llamaba Carlotta podía contemplarse a sí misma con más edad perfectamente.

—Mi nombre es Cristiano Esposito, soy criminólogo y estoy de vacaciones en Fabriche di Vergemoli —Contestó el hombre y observó divertido como ambas fruncían sus seños y sus ojos se agrandaban debido a la sorpresa.

—¡Un criminólogo! ¿Trazas perfiles psicológicos como en Mentis Criminales? —Preguntó Carlotta con un entusiasmo impresionante.

—Tenéis el mismo gusto para las series. —Dijo Cristiano a Melania que parecía estar a puntito de explotar de la rabia.

—¿Podrías describirme mi personalidad así sin conocerme, casi? —Preguntó Carlotta con los ojos brillando de emoción como si el criminólogo fue una especie de súper humano.

—Claro. Eres una joven ambiciosa, ordenada, divertida y muy familiar.

Contestó Cristiano y la joven hizo una mueca.

—Bah, pero eso cualquiera lo puede saber.

El criminólogo rio con ganas, antes de responder.

—También eres enamoradiza, de carácter fuerte, mandona y un poco caprichosa.

Carlotta jadeó indignada y Doña Albertina estalló en una risa a pesar de las circunstancias. Melania apenas aguantó la risa. Luchaba porque su expresión se viera enfadada, pero era una tarea complicada con aquel dos pares de chifladas que debían estar ingresadas en un psiquiátrico.

—¡Oye criminólogo de pacotilla! ¡Retira eso! Por cierto... ¿Tienes novia? ¿Sales con Melania? Tiene la costumbre de llevarse lo mejorcito.

Melania puso los ojos en blanco y la miró con un odio que podía helar el desierto del Sahara.

—Melania no es mi novia, nos acabamos de conocer y no tengo pareja.

—¿Os acabáis de conocer y has pasado la noche en su casa? —Le escrutó Doña Albertina.

—Oye, pues si no tienes novia yo estoy libre, ¿Sabes? —Se le ofreció en bandeja Carlotta y recibió dos collejas por parte de su tía y una por parte de Melania.

—¡Auch! —Exclamó dolida la joven y las fulminó con sus hermosos ojos.

—Soy demasiado mayor para ti niña, y Melania ahora que la veo, no creo que le hayan enviado esa nota a ella. Debe de ser para la tal Antonella. —Reflexionó Cristiano.

Melania puso los ojos en blanco antes de gritarle. — ¡Qué clase de profesional eres! ¿Lo vas a difundir a los cuatro vientos? ¿Prefieres un micrófono para que te oiga todo el puto vecindario?

—¡Niña! ¡Ese lenguaje! —La amonestó Doña Albertina y ella quedó atónita. Encima que la había despachado, le echaba la bronca la muy bruja.

—Melania, ellas son unas testigos claves. ¿No lo entiendes? —La habló Cristiano como si

fuera tonta.

—¡Explicáte! —Exigieron las tres mujeres a la vez, cruzándose de brazos y mirando fijamente al criminólogo que se sintió intimidado y eso que había entrevistado a asesinos. ¡Esas mujeres era de armas tomar.

—Está claro que os gusta cotillear... —Empezó el moreno con miedo, titubeando y cuando oyó unas voces de indignación, se dijo que empezaba con muy mal pie con esas leonas.

—A lo que me refiero es que sois observadoras, mentes prodigiosas que captan cada pequeño detalle. —Prosiguió y se aplaudió mentalmente al ver que las expresiones fémimas se dulcificaban y se ablandaban.

—Pues, sí somos observadoras, eso es cierto sí. —Dijo Carlotta sonriendo.

—Exactamente, y cuantas más mentes estén trabajando juntas, mejor. Seguro que ustedes han visto o han oído algo que pasasteis por alto porque no parecía importante, pero probablemente es clave en este caso.

—Muy bien, poli buenorro, pero, ¿de qué caso estamos hablando exactamente? —Indagó Doña Albertina, guiñándole un ojo al hombre que se sonrojó hasta la raíz del pelo. En esta comunidad al parecer todos estaban de atar, pensaba Cristiano, atónito ante aquella descarada y peculiar mujer.

—Soy criminólogo y el caso es que mientras Melania forcejeaba con su sobrina y con la tal Antonella, guion niñera, guion obsesiva chiflada, un papelito se engancho en sus vaqueros. Se trata de una nota amenazante que ahora sabemos con seguridad que no pertenecía a su sobrina sino a la única posibilidad abierta. —Se explicó Cristiano.

—¡A Antonella! —Dijo Doña Albertina lo evidente.

—En efecto. Lo más extraño de toda la situación es que hemos podido cotejar la letra del autor de la nota y coincide a alguien que ya ha matado a cuatro mujeres.

—¡Oh Santo cielo, Ave María Purísima! ¡Un asesino serial en Fabbriche di Vergemoli! —Exclamó Doña Albertina crucificándose exageradamente mientras las dos muchachas la miraban poniendo los ojos en blanco de lo dramática que era.

—No entiendo Cristiano por qué razón le comparan con Ted Bundy, ¿no se supone que ese hombre mató a más de cincuenta mujeres? Alrededor de cien, según lo que he leído por Internet. —Dijo Melania.

—No se trata del número sino del modo de asesinar. Le gusta y le excita torturar y ha tenido apenas un año a disposición, acaba de comenzar, es probable que sea un imitador de los grandes asesinos que han quedado en la historia, una especie de fan, podemos decir.

—Una mente perturbada. —Dijo Carlotta y en su semblante se pintó el color del terror e incredulidad, pues Fabbriche di Vergemoli era el sitio más tranquilo y seguro del mundo. Aquello era una pesadilla horripilante.

Su tía la abrazó para reconfortarla y habló.

—Entonces, lo único que tenemos es a la Antonella, es decir todo gira alrededor de ella... Siempre pensé que era una mujer de cuidado, pero no hasta un punto en que fuera vinculada con un asesino...

—En efecto ella es la única persona que podría esclarecer esto y no sabemos por qué, pero la niña, Ángela podría ser un testigo clave en verdad, pues pasa un tiempo considerable con la mujer. —Reflexionó Cristiano.

—Sí, pero le tiene un auténtico terror, si hasta mintió y dijo que la maltrató Melania y todos nos lo creímos. —Respondió Carlotta.

—Cristiano, no las metas en eso. Se supone que íbamos a investigar los dos. —Habló Melania,

pues su furia hacia las dos mujeres no había disminuido un ápice.

—Déjanos recompensarte niña y si no es por nosotras, por todos los momentos inolvidables que pasamos y la amistad que nos unía, piensa en Ángela. Si enserio Antonella tiene algo que ver en algo tan turbio, eso significaría que la niña está en peligro y como dijo Cristiano, mejor piensan cuatro mentes que una sola. —Contestó Doña Albertina, suplicando con sus grandes ojos su perdón.

Melania soltó el aire que había retenido bruscamente y entre dientes siseó. —Vale.

—Pues manos a la obra. Os diré lo que tengo pensado, la presencia de Carlotta y Doña Albertina me vendrá de perlas para el plan que acabo de elaborar. —Anunció el criminólogo.

Se sentaron ante cuatro grandes tazas de té y ante el plato de galletas que había traído Doña Albertina en son de paz. Esa tarde se pasó tan rápido que por primera vez Melania se dio cuenta de la relatividad del tiempo y de lo complicado que era para la percepción humana, pero eso sí, habían elaborado un plan que parecía sólido como una roca.

¡Iban a pillar a Antonella con las manos en la masa y salvar al angelito de aquella comunidad.

Capítulo 4

Aunque habían logrado idear una buena estrategia y debía admitirse a sí misma que la presencia de Albertina y Carlotta venían muy bien para lograr aquel propósito, algo en el interior de la pelirroja le impedía perdonarlas y era extraño porque desde que tenía uso de razón siempre había perdonado con facilidad a las personas. ¿Por qué no ahora? Se preguntaba mientras estaban en la tienda de ropa, en la sección de caballeros, comprando ropa para Cristiano. Era parte del plan y el muy cabrito contra todo pronóstico parecía disfrutar de ir de comprar.

Carlotta le miraba embobada como una ovejita embelesada por un macho macizo y es que el criminólogo estaba de buen ver. Modelaba ante Doña Albertina y la joven Carlotta con desparpajo cautivando a las mujeres con su labia y gracia. Cada conjunto le sentaba bien porque sabía cómo llevar la ropa, tenía estilo.

Melania pensaba que si no hubiera conocido a Domenico y probado el sabor de sus labios que ahora eran el dulce veneno que componía sus recuerdos, probablemente se habría fijado en Cristiano que era un hombre realmente atractivo, no tanto por su físico, sino por ese carácter atrayente y cautivador.

—Cristiano, guapo. ¿Sabías que no sé besar? Ahora que lo pienso, tú podrías ser un buen profesor... ¿Me enseñarías besar? —Le preguntaba Carlotta provocando que el hombre se pusiera de todos los colores existentes. Esa muchacha era una deslenguada y cada vez más coqueta. ¡Doña Albertina debía pararle los pies! —Pensaba Melania que contenía sus ganas de reñirla por su soltura tan evidente. En su mente era como ver a su hermana menor haciendo una rebeldía y no paraba de reprenderse mentalmente por ello.

—Niña, deja en paz al pobre Cristiano, al final te voy a zurrar a la manera antigua. —Le echó la bronca Doña Albertina que estaba sentada en una silla dorada digna de una reina, con la espalda recta y una elegancia innata de su personalidad, mirando con ojo crítico la ropa que elegía el criminólogo para aquella misión en la que se habían embarcado.

—Uy tía, tú siempre siendo una aguafiestas, al igual que Melania que tiene la cara más agría que un limón. —Respondió la muchacha que llevaba toda la mañana, desde que habían salido a fuera, intentando llamar la atención de Melania. La molestaba sin parar y eso lo podían entender perfectamente Cristiano y Doña Albertina, la joven no sabía disculparse con aquella a la que amaba como a una hermana, por eso se comportaba como una inmadura total y lograba su objetivo porque Melania la taladraba con los ojos de una forma espeluznante, parecía a punto de saltar sobre Carlotta y marcar su perfecto rostro con su manicura francesa.

—¿Mi cara es como un limón? La tuya me recuerda a una babosa que no ha visto hombre en su vida. A ver si dejas de comportarte como una maldita cría de una vez y nos dejas centrarnos cerebro de mosquita.

Carlotta jadeó dolida. Toda su expresión se descompuso, su semblante mostraba tristeza y sus ojos grandes y aguados demostraban el desconcierto y la aflicción que albergaba a su ser. Su cuerpo era rígido y un sollozo parecía salir de su garganta antes de que la chica se echará a correr hacía uno de los vestidos, dejando tras de sí un silencio incómodo.

Melania sintió como si el filo de un cuchillo rasgará sin contemplación a su alma, pero no estaba dispuesta a mostrarlo, prefería escudarse ante su expresión fría que la había protegido durante esos días tan difíciles en los que todos le habían dado la espalda.

Ya no estaba dispuesta a perdonar, estaba harta de excusar a las personas que la hacían daño, lo había hecho toda la vida, ya era hora de que tuviera orgullo.

Doña Albertina se acercó a ella y la miró con todo el amor del mundo, resquebrajando un poco la coraza de hielo que había construido a su alrededor. ¡Estaba allí solo por Ángela! No paraba de repetirse eso una y otra vez como si fuera un disco rayado o un mantra, porque en el fondo deseaba que esa fuera la verdad, pero no era así. Todas aquellas personas a las que había llegado a querer y a sentir como su familia, le impedían dar marcha atrás, lo único que mantenía el escudo fabricado de hielo, era ese orgullo con el que tanto se había encariñado últimamente.

—¿Sabes qué mi niña? Debes diferenciar entre lo que es orgullo y lo que es ego. El orgullo es el padre de muchas virtudes, el ego es la estupidez combinada con arrogancia que te lleva por un largo camino, que te hace sentir más fuerte, pero jamás más feliz y que cuesta más que el hambre, la sed y el frío. —Dijo Doña Albertina tocando su hombro con un tacto suave, dulce y maternal.

Melania sintió un escalofrío recorrerla y las lágrimas se amontonaron en sus ojos.

—Tú, todos vosotros me hicisteis sentir aquello que más deseaba, me hicisteis vivir en un cuento y un maldito espejismo para después venir la realidad y golpearme con fuerza, demostrándome una vez más que la sinceridad es una cualidad inexistente en un mundo egoísta y que uno irremediamente muere solo. ¿Por qué me hiciste sentir que formaba parte de algo y después me despachaste de tu vida como si nunca hubiera sido importante para ti? —La pelirroja hablaba con una voz rota por el dolor, llorando como una niña pequeña y es que en ese instante la que había tomado el control de su cuerpo era la pequeña Melania que echaba en falta el amor de sus padres, que suplicaba el cariño de sus tíos y que buscaba la aprobación de todo el mundo. No quería ser como antes y justificar los errores de las personas, pero, ¿dónde estaba la fina línea que diferenciaba el perdón de la justificación? Esa era la cuestión.

—Ay mi pequeña. —Exclamó Albertina y la abrazó con tanta fuerza que casi le deja sin respiración. Cristiano solo observaba aquella escena conmovido, pensando que la familia muchas veces podía estar compuesta por personas que no formaban parte del árbol genealógico de uno.

—A veces mi niña, las personas buenas son fácilmente manipulables aunque lleven años de experiencia con lagartas. A veces se forma un gran conflicto interior en las personas cuando piensan que aquellos a los que amaron jugaron con su confianza. Es entonces cuando el juego domina todo y nos olvidamos de que la vida es corta para estar enojados y juzgar sin pruebas guiados por la ignorancia. La ignorancia, el poder y el orgullo son una mezcla mortal, ¿lo sabías? No me bastará el resto de mi vida para que perdones. —Habló la diseñadora entre lágrimas y la pelirroja correspondió a su abrazo sin poder evitarlo. Su corazón gritaba por perdonarlas y poder dejar aquel horrible episodio maquinado por una persona inhumana atrás.

En ese momento salió de los vestidores cabizbaja Carlotta. Se acercó con timidez y con entre mocos y lágrimas, como una niña herida, dijo.

—Si me perdonas, te haré galletas y tartas de plátano durante un año entero. Te diseñaremos un vestido de princesa, aunque yo no sepa diseñar y te regalaré aquel vestido rojo que tanto te gusta... Tú solo perdóname porque no puedo seguir así con mi mejor amiga, con mi hermana del alma.

La pelirroja abrazó a la joven italiana y Doña Albertina se emocionó aún más. Puede que Melania llegará a perdonarlas, pero estaba claro que la tarea ardua sería que llegarán a

perdonarse ellas mismas.

—Disculpen que interrumpa este momento mágico, pero, ¿cuáles vaqueros creéis que son mejores? ¿Negros o azules desteñidos? No sé lo que le va a esta tipa y si me la quiero ligar, debo tener cada detalle bien planeado. —Dijo Cristiano devolviéndolas a la realidad.

Las tres mujeres sonrieron, era muy mono mirando con ojo crítico las dos prendas, intentando decantarse para la horripilante operación, pues le tocaba ligarse a la niñera desquiciada.

Melania no tenía el tiempo para sopesar lo que estaba ocurriendo, en su mente jamás pensó que llegaría a volver a hablar con sus mejores amigas, su familia italiana, pero el mundo era pequeño, pero lleno de diversos sentimientos y puntos de vistas, al igual que las versiones de los hechos. Las había echado de menos tanto que no podía describirlo, pero seguía teniendo esa pequeña molestia en su interior. Era como un aguijón que no paraba de rascar en la herida todavía abierta.

—Verás... Creo que obviamente le van hombres como Domenico, él suele vestir de manera informal, así que los vaqueros desteñidos de color azul son una buena opción. —Contestó, decidiendo centrarse en lo que importaba ahora mismo. Iba a ser muy jodido ir al bar de Annete y Tommaso, volver a ver a Domenico cuando la había tratado como mera basura, pero debía ser fuerte por su niña.

—¡Pues decisión tomada! —Dijo el criminólogo y con un par de bolsas de compra salieron de la tienda. Era muy incómodo ver la forma en que la gente la miraba. Algunos con asombro, otros con un odio y asco que provocaban que la pelirroja maldijera el mundo, pero eso sí, lograba mantenerse de pie y con la barbilla bien levantada. ¡Ella no había hecho nada malo y muy pronto todas esas personas lamentarían haberse guiado por sus prejuicios estúpidos!

—Cuán fácilmente el ser humano es manipulable, somos un mero rebaño de ovejas. —Susurró Domenico y las tres asintieron mientras subían al taxi. Debían prepararse mentalmente para lo que iba a venir a continuación y además, arreglarse.

Melania se decantó por un mono negro y un cinturón plateado. No deseaba llamar la atención, de hecho quería pasar totalmente desapercibida. Lo que debía conseguir esa noche era acercarse a su pequeña. Poder olerla, abrazarla y hablar con ella. Había veces que por las noches, cuando todo estaba en pleno silencio y el mundo entero parecía dormir y soñar con sus anhelos o con esas pequeñas cosas cotidianas que mortificaban las cabezas de los humanos en un Universo infinito que debía reírse de nuestras tonterías, ella, sigilosamente iba hasta el jardín del escritor y observaba cómo cenaban con Ángela en compañía de aquella mujer que había dañado a su pequeña y había mancillado su reputación en su adorable comunidad de la que ya no sentía ser parte.

Echaba de menos las noches en las que contaba cuentos a Ángela, siempre la leía alguna obra de su padre y luego le daba un beso de buenas noches. Echaba de menos los momentos en los que ambas jugaban al té en el jardín y charlaban animadamente sobre las cosas de la vida, pues ella era tan curiosa siempre...

Sus hermosos ojos del color del oliva se llenaron de lágrimas que no logró ahuyentar. Doña Albertina que la había observado desde el rellano de la puerta de su dormitorio de estilo barroco, la abrazó, sabía perfectamente lo que la pasaba.

—La echo tanto de menos... —Susurró mientras borraba con cuidado con el dorso de su mano las lágrimas que amenazaban destrozar su maquillaje simple, pero bien hecho, realzaba sus facciones de manera sublime y la bandana que llevaba en la cabeza en color negro le daba un aspecto selecto. Parecía una Nefertiti caucásica.

—Lo sé cielo... ¿Y a él? —Preguntó la mujer sin cortarse en mostrar en la mirada su gran

interés.

—No, la verdad es que no. Hay veces que echo en falta momentos que pasamos juntos, pero siento que ya no está el amor que antes le profesaba... Es como si algo se rompiera en mi interior... No sé explicarlo.

Las palabras de la pelirroja calaron hondo en la modista. Su mirada no brillaba como antes y se temió lo peor, que se hubiera rendido, que no tuviera más creencia en la felicidad, en la idea de compartir, amar y confiar. A veces cuando a uno se le machacaba demasiado, llegaba un momento en el que estaba tan roto que el corazón no se podía reparar y estaba destinado a vivir en el vacío que representa su propia tristeza.

—Mírame bien Melania. ¿Qué ves? —La preguntó de repente.

—Veo a una mujer independiente, una mujer exitosa. —Respondió Melania extrañada.

—¿Y qué más?

Melania la miró sin comprender.

—Una mujer sola, querida niña. La soledad es muy hermosa... cuando se tiene alguien a quien decírselo.

Como siempre, la mujer la había dejado más confusa que antes. Se quedó pensativa hasta que salieron, subieron a la vieja camioneta de Doña Albertina que ella llevaba tiempo sin conducir, le daba terror porque de más joven había sufrido una accidente y para ella cualquier vehículo era un invento del diablo.

Cuanto más se acercaban hacia el bar que no había pisado desde el momento en que le había dado la espalda todos, su corazón más fuerte latía. No sabía qué esperarse. Agradeció no estar sola en ese instante, sino se sentiría cada vez más pequeña ante las miradas escrutadoras.

—Quiero que mires al miedo a los ojos, le hagas frente y le echas de tu vida de una vez por todas. —Le dijo Cristiano cuando aparcaba ante aquel sitio donde había reído, bailado y compartido los mejores momentos que conservaría como un tesoro.

Melania asintió y temblando como una hija salió con la cabeza bien alta, aunque por alguna razón deseaba esconderse. Estaba a punto de volver atrás y huir como un cobarde asustado ante las adversidades, pero Cristiano la agarró del brazo y con los ojos oscuros como dos pozos sin fondo la dijo. — ¡Tú puedes! ¡Piensa en Ángela!

Eso la espabiló de golpe y miró al frente ganando la primera partida salvaje, el luchar contra su miedo de mirar al hombre que amaba y la había roto como una muñeca de trapo.

Avanzó con pasos decididos y abrió la puerta, tras ella se escuchaba la música actual de Italia, tan idónea para la diversión, aunque esa noche a ella lo que menos le apetecía era bailar.

Las luces neón le dieron la bienvenida. Sus ojos coincidieron con Domenico que la miró sin poder creerse que se había atrevido a ir allí. Ella tragó saliva, sin prestarle atención y sin siquiera mirar a Antonella que se había tensado como una cuerda al verla.

La pelirroja buscó con la mirada a Ángela. La halló en el regazo de Annete. La música había parado y todo el mundo la observaba.

Doña Albertina la abrazó dejando a todo el mundo boquiabierto. Melania se sintió reconfortada porque el apoyo de la modista podía cambiar la opinión de muchos y hacerles dudar de su presunta culpabilidad. Domenico no pertenecía a ese grupo, eso se podía ver tan solo observando su ceño fruncido y esa expresión de repugnancia que su rostro expresaba sin ningún disimulo.

Cristiano se separó del grupo, logrando pasar desapercibido. Doña Albertina y Carlotta la acompañaron hasta el bar donde un Tommaso muy cabreado parecía estar a punto de negarse en

redondo a atenderlas.

—¿Qué significa esto Albertina? —Preguntó él con una voz que helaba al más pintado, pero no a la modista que era una leona que no temía a mostrar sus garras si hacía falta.

—No me vengas con esas Tommaso. Atiéndenos que es tu obligación.

Respondió con un tono que no admitía peros.

Tommaso a regañadientes les sirvió lo que las tres pidieron. Melania, por el rabillo del ojo vio que Antonella agarraba el brazo de Domenico que claramente quería ir donde ellas y humillarla de todas las formas posibles, pero la niñera tenía miedo, no era tonta, sospechaba...

Melania bebió tranquilamente su Gin-tonic, esperando con paciencia que la pequeña se quedará sola. Ángela la miraba a los ojos, claramente deseaba hablar y Melania aguantaba a duras penas sus ganas de ir y estrecharla entre sus brazos.

Tras una larga hora en la que nadie separaba la vista de su persona, pudo ver que la niñera no estaba y que Ángela se dirigía hacia los servicios. Se excusó de manera muy discreta y fue tras la niña.

Cuando llegó al estrecho pasillo donde se encontraban los servicios, la pequeña saltó sobre ella y la abrazó con sus bracitos. Olía a Nenuco y sintió sus lágrimas mojar sus hombros descubiertos.

—Shh, pequeña no llores. —Intentaba tranquilizarla mientras acariciaba sus castaños y como siempre despeinados cabellos.

—No sabes cuánto lo siento. ¡Ella me obligó! Por favor no me odies, Melania... —La niña hablaba hipando y Melania se asustó por si le daba un ataque de pánico.

—Tranquila mi niña, claro que no te odio, no podría odiarte jamás.

—¿Me lo prometes? —La preguntaba entre mocos y lágrimas abriendo sus ojos de par en par. Parecía tan desesperada porque no la odiará que el corazón de Melania se partió al mirarla tan triste. La besó en la mejilla y le dijo.

—Me tienes que contar todo mi angelito. —Dijo sujetando el rostro infantil entre sus manos.

—Pero y si me hace daño... —Dijo la niña con el semblante pintado de auténtico terror.

—¡Sobre mi cadáver! Te juro que jamás volverá a hacerte daño. —Contestó Melania deseando agarrar a aquella niñera y dejarla sin aliento y sin ni un pelo encrespado en su trastornada cabeza.

—¿Promesa de menique? —Preguntó Ángela. Melania asintió sintiendo que un peso caía de sus hombros, pues la promesa de menique significaba que estaba dispuesta a hablar y eso era un gran avance.

—¡Promesa de menique!

Capítulo 5

Domenico se estaba tomando el quinto vaso de Whisky de golpe. ¿Qué demonios hacía allí esa perra? Sentía que hervía de furia. Miró por donde se sentaba ella y atónito se dio cuenta que ya no estaba. ¿Dónde estaba? Una idea cruzó su mente, buscó con la mirada a su hija y al no hallarla sintió que un demonio se apoderaba de su cuerpo.

Se levantó de su silla casi tirándola al suelo. Antonella no estaba tampoco, eso le tranquilizó, probablemente era ella la que estaba con Ángela.

Caminó con grandes zancadas hasta la entrada. Al salir el aire fresco acarició su rostro, eso pareció calmar su rabia. Se sentía humillado, la mujer a la que había empezado a amar había resultado una arpía, una zorra en busca de mejor vida. Estaba seguro que era una avariciosa porque había hablado con su tía Mitzi cuyo número de teléfono había encontrado en Facebook.

—Oh señor Rizzo no hay día en que no agradezca a Dios de la que me he librado. Nunc era nada suficiente para ella. Mi esposo y yo nos matábamos a trabajar y ella solo se victimizaba y pedía más y más, despilfarrando el dinero sin ton ni son.

Habían sido las palabras de aquella dulce mujer, su voz mostraba que era una señora encantadora.

Domenico no paraba de preguntarse cómo no había sospechado, cómo no se había dado cuenta. Esa timidez, esa bondad tan exagerada son claramente producto de un buen escenario. Se lo había advertido Antonella incontables veces y él siempre la había acusado de paranoica. Rosetta debía revolverse en la tumba por su idiotez.

Se fumó un cigarro mientras el dolor y la vergüenza de haber caído en la trampa de esa miserable golpeaban su cerebro como un taladro. Lo que más irritación le causaba es que la muy maldita había pegado a su hija y él solo la había despachado cuando debía haberla denunciado y que se pudriera un tiempo en la cárcel. Algo le impedía hacer eso, pero ahora, viendo el rostro creído de ella, con la cabeza levantada como si fuera ella la inocente de todo el caso, le hacía reafirmar su decisión de meterla tras las rejas. ¡Qué rápido le había cambiado por otro! Las putas eran así, les valía cualquiera.

Pisó la colilla del cigarrillo con fuerza y volvió a dentro donde la música había empezado a sonar otra vez. Antonella y Ángela no estaban, decidió ir a los servicios y ver si estaban por allí.

No podía concentrarse, el ritmo de la música acrecentaba su enfado o era el hecho de que la pequeña zorra le siguiera afectando hasta el punto de que al volver a verla sintiera la enorme, desesperada y horripilante necesidad de entrar en sus entrañas, de echarle el mejor polvo de su vida y que estuviera sentenciada a anhelarle a él aunque estuviera en los brazos de otro.

El escritor apretaba sus puños, asqueado de sí mismo. Ella había hecho daño a lo más importante para él y sin embargo, no podía controlar sus celos, no podía controlar esa rabia que le comía las entrañas y que le ahogaba sin miramiento.

Llegó hasta el pasillo que llevaba hasta los servicios y lo que vio le cegó, jamás antes había sentido tanto odio, tanto rencor... ¡Ella, el objeto de sus deseos y su infierno personificado estaba junto a su hija!

—¡Apártate de ella o te juro que te mataré con mis propias manos! —Gritó el escritor. En esa parte del local la música ya no se oía tanto, el sonido era amortiguado debido a las paredes y la gruesa puerta que separaba una parte de la otra del bar.

Melania y Ángela abrieron sus ojos como platos, asustadas porque ambas sabían que iban a separarlas otra vez. La pelirroja abrazó a la pequeña llorando y susurró en su oreja.

—Vete, ahora está muy enfadado, no te escuchará, pensará que todo lo que me has contado es mentira. Te prometo que arreglaré esto, pero ahora debes ir donde Annete y Tommaso.

La pequeña negó con la cabeza, incapaz de hablar por las lágrimas que no paraban de bañar sus delicadas y regordetas mejillas.

—No te dejaré sola. Él te odia ahora y no es como es mi papá, él siempre está triste, irritado... No quiero que te dañe. —Respondió la pequeña y la culpabilidad que se apreciaba en cada rasgo que formaba su inocente rostro partió a Melania en pedazos. ¿Cuánto debía sufrir su pequeño corazón, pensando que es la culpable de todo?

—No tienes la culpa de nada, siempre te amaré, créeme. Necesito que te vayas Ángela, no me pasará nada. Hazlo por mí. —Insistió la pelirroja, pues temía que la niña viera lo que estaba segura que pasaría a continuación.

Afortunadamente, Ángela asintió, se alejó de ella y sin mirar a su padre fue donde Annete y Tommaso. ¡Era hora de hablar! En los cuentos de su padre los protagonistas luchaban contra dragones y brujos y lograban vencerlos con valentía. ¡Debía ser valiente! Debía serlo, aunque el miedo que sentía la paralizaba desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies.

—¿Cómo te atreves a hablar con mi hija? —Siseó Domenico caminando lentamente hacía Melania.

Ella intentaba no derrumbarse, sabiendo que de esta noche dependía todo, el descubrimiento del auténtico rostro de Antonella. Estaba con fuerzas para aguantar todas las humillaciones si con eso llamaba la atención de Domenico y le daba más tiempo de acción a sus amigos.

—Es mi niña, puedo hablar con ella cuando me apetezca porque la amo con locura y porque al contrario que su padre, yo sí que pienso en su bienestar abriendo los ojos bien y viendo lo que la rodea y daña. Tú vives en un sueño, en un pasado en el que el centro de tus pensamientos es tu esposa muerta. Eres manipulable, cobarde y poco hombre.

Melania jamás antes había creído que algún día llegaría a hablar cosas tan hirientes a alguien y menos a Domenico, al hombre al que se había entregado por completo, al hombre que amaba más que al aire que respiraba. Seguía amándole para su desgracia, pero el rencor por culpa de su desconfianza atenuaba sus sentimientos de masoquista. Su orgullo, la mantenía en pie frente a él, provocándole a posta con sus duras palabras y con el odio dibujado en sus ojos que ahora eran de un verde oscuro, casi parecían dos agujeros negros que absorbían la luz y desintegraban la vida.

Domenico la taladró con sus ojos antes de llegar hasta ella y agarrarla por los pelos, tirando hacia atrás y lastimándola sin contemplación.

—¡No es tu niña! Maldita puta. ¿Soy yo poco hombre? Lo soy solo contigo porque tú no eres una mujer de verdad, eres solo un dulce que no amarga a uno por un rato, pero ni siquiera vales para un revolcón. Aún sin ser malvada y una perra manipuladora, jamás me habría casado contigo y compartido mi vida con una mujer tan mediocre y estúpida. ¿Poco hombre yo? ¿Es más hombre tu nuevo follador?

Hablaba entre dientes él tirando de sus cabellos y taladrándola con esos ojos que una vez parecieron que la miraban con adoración.

—Sí, es mil veces más hombre él. —Le respondió Melania con lágrimas. Cerró los ojos esperando una bofetada, pues el hombre que hablaba de esa manera vulgar y asquerosa no era el que ella había conocido en el avión, en aquel viaje en el que se había montado falsas esperanzas de una nueva vida, apacible y feliz. La bofetada no llegaba, en cambio sus labios se estamparon contra los suyos y ella sintió un pedazo de cielo que provocó una gran decepción de sí misma. ¡Debía odiarle! ¡Su contacto debía repelerla! Le empujó por los hombros con toda su fuerza, pero él no se movía un centímetro, besándola con fuerza, castigándola de la peor manera. Melania opinaba que una bofetada sería más fácil de digerir que aquel beso que removía tantos sentimientos que procuraba enterrar y encerrar en un cofre, tirando la llave en las profundidades del Océano

Domenico la besaba con desesperación. Al verla dos sentimientos habían nacido en su interior. El de besarla hasta marearla y el de ahogarla hasta que su aliento cesará. El primer instinto había ganado con creces y lo peor de todo es que no le importaba, quería castigarla, marcarla, así que mordió sus labios con saña y volvió a besarlos con fuerza mientras agarraba su delicado cuello entre su mano. Su piel era tan suave que probablemente quedarían sus huellas y eso por extraño que pareciera, le encantaba.

La idea de que ese hombre que había llevado ante sus narices viera que eran sus dedos los que la habían tocado, le llenaba de júbilo y a su vez de un odio increíble hacía ella y hacía sí mismo.

—Domenico, para... —Suplicó ella con los ojos cristalinos, tan grandes como dos estrellas brillantes a punto de caer del cielo y colisionar en la tierra. Pero su deseo no fue concedido porque él la volvió a atrapar y mordisquear su labio inferior de una manera que podía representar simbólicamente el cielo y el infierno en su máximo apogeo.

El escritor se separó de ella dejándola mareada, petrificada y alucinada. Su mano hábil y deseosa acarició el pezón erecto que podía apreciarse a través de la tele de aquel mono de chifón que acariciaba las caderas de la muchacha de manera deliciosa.

Ella aguantó la respiración como una reina de hielo, como si aquel contacto íntimo no la afectará, pero eso no menguaba las perversas intenciones de él, que seguía torturando la sensible parte estrujándolo suavemente entre su dedo índice y el pulgar.

—Oh vaya, ¿qué es lo que vemos aquí? —Preguntó Domenico con la voz ronca y burlona.

—Es por el frío de la noche, tú no me afectas en absoluto. —Contestó ella, aplaudiéndose mentalmente. Se había endurecido mucho y al ver la incredulidad en la mirada de aquel hombre que provocaba angustias y tristeza en su corazón, sintió cierta satisfacción que por desgracia no duró mucho.

Domenico metió bruscamente la mano entre sus piernas, acariciándola de arriba abajo.

—Estás empapada... ¿A quién quieres engañar? —Dijo con una sonrisa ladeada que se parecía a la del lobo que se comió a Caperucita Roja.

—¡Basta ya! —Gritó ella enfadada, pero su acción pareció deleitar al escritor porque su mirada brilló de deseo.

—Maldita, pequeña sanguijuela... Siempre consigues lo que quieres, ¿no? ¿Qué tienes que me embruja? ¿Qué tienes que me hace dudar de mi cordura? —Habló torturando mientras rompía la tela y quitaba sus bragas rasgándolas con desesperación. Su dedo no tardó en sumergirse en su océano de placer y ella como un pececito atrapada por el tiburón se revolvió sin poder evitar mostrar con su gemido que aquello no la desagradaba en absoluto. Su cuerpo gritaba por él, su mente le echaba la bronca por ser una facilona.

—¿Qué tendré yo si solo soy una mujer mediocre? —Le dijo con tristeza mientras una lágrima

se deslizaba por su mejilla, una lágrima que él no pudo evitar borrar con ternura confundiéndola aún más.

—Mediocre y estúpida. No lo olvides. —Contestó mientras se desabrochaba los vaqueros con rapidez de un puma y entraba en su interior de una estocada.

Melania clavó las uñas en su espalda echando la cabeza hacia atrás, sumergida en un mundo de placer que hacía olvidar todo, incluso la razón por la cual a veces deseaba asesinarle con arsénico.

—Me pierdo en tu mirada. —Le susurró gimiendo de placer.

—¿No me digas? Oh, qué bonito, nena. Al parecer la bruja despertó con su lado romántico. — Respondió él con sarcasmo.

—Sí, me pierdo en tu mirada porque eres bizco y nunca sé hacia dónde miras, capullo.

Domenico no pudo evitar reír, aquello era una locura, la odiaba, estaba seguro que sí, entonces, ¿por qué disfrutaba tanto y no solo de poseerla, sino de su compañía?

—Me has echado una maldición, una magia negra o algo así.

—No, te la has echado tú mismo.

—¿Fijándome en una mujer mediocre y estúpida? —Preguntó con la ceja levantada mientras el ritmo de sus embestidas aumentaba apoyando a Melania contra la pared. Las largas piernas de la pelirroja le rodeaban y lo apretaba en su interior, llevándole poquito a poquito hacia el gozo indescriptible.

—No, Domenico. Te echaste una pesada maldición tan negra como lo es la noche por no fijarte en una mujer excepcional que lo habría dado todo por ti.

—No podía darme nada, vino a Fabbriche di Vergemoli sin un centavo, como la fracasada que es.

Melania cerró los ojos dolida y respondió.

—Te habría entregado lo único que tenía y que cuesta más que el dinero, pero eso tú no puedes entenderlo.

Y pareció no entenderlo porque simplemente sonrió burlón y con una última estocada catapultó a ambos hacia un placer que en otra ocasión provocaría su sonrisa. Era extraño, pero en aquella ocasión era un gozo vacío, uno que representaba debilidad.

Domenico se apartó y se marchó sin siquiera mirarla. Melania jamás se había sentido tan decepcionada. Para él ella no significaba nada. Se sentía como un trozo de carne, pero tenía alma, tenía corazón y dudaba si algún día este se recompondría.

Capítulo 6

De camino a casa, se dio cuenta que no sentía nada salvo ese vacío horroroso. Llegó hasta la vieja mansión de Abernethy, las luces en su casa estaban encendidas. Con cuidado abrió la puerta, se oían voces provenientes desde el saloncito de té.

Caminó hasta allí para ver a Cristiano descompuesto junto a Annete, Tommaso, Doña Albertina y Carlotta.

—Hola a todos. —Saludó sin más. A nadie le pasó inadvertido esa mirada vacía, careciente de emoción alguna y aquello era más peligroso que la tristeza.

—Niña, te debemos una gran disculpa. Ángela nos contó todo. —Dijo Annete.

Melania la miró sin expresión y asintió, preocupando a todos con su nueva actitud.

—Esta noche hemos descubierto cosas que podrían dejar en shock al más pintado. ¡Todo está relacionado! —Habló Cristiano y su mirada de impacto sí hizo reaccionar a Melania.

—¿A qué te refieres? —Le preguntó sentándose.

Doña Albertina le puso entre las manos una taza de infusión de frutos rojos que olía delicioso. Su gesto maternal la emocionó, lo necesitaba en este momento muchísimo.

—Logré entablar una conversación con la niñera, no fue difícil. El proceso fue sencillo, simplemente debía alabarla, pues eso para el ego de un narcisista es miel. Le eché piropos sobre su cuerpo, sus ojos, labios y su cabello, de lo que más al parecer se acompleja. Tuvimos una conversación que no me llevaba a ninguna parte, ella es inteligente y locuaz, procuraba analizarme a mí, entender más sobre mí, mientras no mostraba mucho de su personalidad. Claramente posee un coeficiente intelectual por encima del normal.

—¡Ja! —Exclamó Melania mosqueada.

—¡Es más tonta que un zapato! —Dijo Carlotta, igual de mosqueada que la pelirroja.

—Niñas, dejad hablar al poli. —Las amonestó Doña Albertina y ellas a regañadientes se quedaron calladitas como dos niñas buenas.

Tommaso y Annete sonrieron. Las dos chicas volvían a ser como antes, como dos hermanas que se defendían la una a la otra.

—Señora, que soy un criminólogo, no un simple poli. —Habló Cristiano, súper ofendido, pero nadie le prestó atención.

—Sigue contándonos tus averiguaciones, poli buenorro. —Le dijo Carlotta, provocando el sonrojo del hombre. Melania no pudo evitar sonreír, Carlotta era capaz de volver loco al más cuerdo.

—Mientras hablábamos ella dijo una frase inusual varias veces, supongo que es parte de su vocabulario en general... —Se explicó pensativo el criminólogo.

—Oh sí, es verdad. Siempre suele decir: *“La ocasión la pintan calva”*. —Dijo Carlotta que solía fijarse en ese tipo de detalles, era alguien que se tomaba todo en broma, pero a su vez observaba y analizaba lo que había a su alrededor, demostrando que no era tonta para nada.

— ¡Exacto! Es una frase típica, tradicional, pero en estos lares no se usa tanto, yo diría que casi nada. No lo he oído en Italia, en un viaje a España, en un pueblecito encantador sí lo solían

decir mucho. —Le respondió Cristiano.

—Entiendo, pero, ¿todo esto a dónde nos está llevando? —Preguntó Melania que había perdido el hilo de la conversación al igual que el resto que miraban al criminólogo sin comprender nada.

—Sé que parecerá una locura y que probablemente muchos penséis que mi obsesión está entorpeciendo esta investigación, pero mi instinto me dice que está relacionado con la muerte de mi hermano, Alphonso.

—¿Pero no se supone que él se suicidó? —Preguntó Carlotta. Habían tenido tiempo de conocerse y Cristiano les había contado su historia a ella y a Doña Albertina que le había consolado con todo el amor del mundo y el corazón de esta mujer era grande y tenía amor que repartir en cantidades.

El criminólogo se sentía feliz porque hablaba de lo sucedido con libertad, expresándose y no como hacía un año, encerrado en su caparazón. Era un gran avance para poder continuar con su vida.

—Sí, él se suicidó y aunque, en su ordenador no pude encontrar gran cosa sobre la mujer que le había llevado hasta ese final, sí encontré conversaciones en las que ella siquiera tenía foto de perfil. Le pedía dinero para viajar y estar con él. Le juraba amor y después le trataba mal, porque mi hermano no poseía ahorro alguno y tampoco ganaba mucho, compartía piso conmigo debido a esa razón.

Todos miraban al hombre deseando comprender hacia dónde llevaban todas esas cavilaciones, pero ninguno se imaginaba en lo más mínimo lo que a continuación les iba a soltar.

—En cada uno de los mensajes de Alphonso esta misma frase estaba inscrita al final, así se despedía la mujer cuyo Nick era: *Chiara*. La frase en concreto como ya sabréis, quiere decir que las oportunidades se deben aprovechar en el momento en el que se presentan. Mi hermano repetía mucho ese refrán, él pensaba que había encontrado el amor de verdad y debía luchar para que estuvieran juntos. Yo no entendía el porqué de tanta lucha, tras su muerte, comprendí que era porque la mujer en cuestión tenía constantes problemas económicos y siempre le salía algún problema que mi hermano solucionaba enviándola hasta el último penique que ganaba de su empleo. Incluso llegó a trabajar en varios sitios y yo que soy un tonto ni me di cuenta, ni siquiera le pregunté sobre lo que ocurría en su mundo, en su cabeza, en su vida. A un ciego, mal se puede mostrar un camino.

Relató Cristiano y los oyentes sintieron su tristeza y la culpa. —“*Pobre hombre*” —Pensaban.

—Pero, puede ser una mera coincidencia y además, ¿nunca llegaste a investigar el IP del ordenador que se usaba para chatear con tu hermano? —Preguntó Melania cada vez más confundida.

—Por supuesto que lo investigué. Utilizaba diferentes ordenadores y siempre de salas informáticas donde al día entran cientos de personas. Le decía a mi hermano que no tenía dinero para comprarse un ordenador o un teléfono moderno, pero siempre que él le enviaba dinero para adquirir alguna de esas cosas, lo perdía, la atracaban y sin saber cómo, él se tragaba todas esas patrañas. Mentiras más grandes que una casa. —Respondió Cristiano enfadado.

—¿Y la dirección de esas salas de informática? ¿De qué ciudad se supone que era esa tal Chiara? —Preguntó Don Tommaso que empezaba a unir los hilos.

—Fabbriche di Vergemoli. —Respondió Cristiano provocando un jadeo de impresión en Melania.

—¿Por eso estás aquí! Dijiste que tu superior te había enviado de vacaciones, pero viniste para

investigar y conocerme a mí te vino de perlas para poder hablar con todos y conocernos en más profundidad.

Dijo la pelirroja de lo más escandalizada.

—Mi superior realmente exigió a que me fuera de vacaciones. Es cierto que elegí este sitio por lo que había averiguado, pero al conocerte en verdad deseé ayudarte y por supuesto, de paso intentar averiguar más sobre los habitantes de esta comunidad. Hablar con ella me vino de lujo porque logré desentrañar algo que ya sospechaba. Tiene origen español. Se jactó de que su abuelo materno fue un general de la armada durante la guerra civil. Tras terminar la guerra su familia se mudó a Italia, su madre se casó con un italiano y ella creció aquí. Todo apunta a que Chiara es Antonella. —Explicó el criminólogo que había hecho el trabajo más difícil de su carrera. Hablar con la mujer que había llevado a su hermano a su ruina. Era manipuladora, chantajista, narcisista y muy inteligente, con varios tipos de personalidades que intercambiaba según la ocasión como si se tratará de zapatos o vestidos. Todo concordaba con el perfil que había trazado hacía un año ya.

—¡Santo cielo! —Exclamó Doña Albertina mientras se crucificaba. Siempre se había imaginado que la mujer era mala como las serpientes venenosas, pero aquello era demasiado.

—¿Estamos hablando de una psicópata? —Preguntó Annete que se sentía como si estuviera en una película policiaca.

—Yo diría que sí. Según mi entendido tuvo una infancia buena, unos padres que la cuidaron y amaron, lo cual significa que la mujer pertenece a esos casos aislados y extraños de psicopatía desde el nacimiento. Simplemente su cerebro es diferente, piensa de una manera lógica y guiada por su egocentrismo innato. No posee una inteligencia emocional como tal. —Respondió Cristiano y Annete que no había entendido ni papa, asintió como si supiera exactamente de lo que hablaba el profesionalista.

—Es mala, en verdad lo es. Nunca pude ver nada en sus ojos que siempre eran vacíos a menos que la maldad la dominará, entonces se desquiciaba conmigo.

El corazón de Melania casi se le sale del pecho. ¡Esa voz! ¡Era su angelito! Se dio la vuelta como un resorte y la vio en el rellano de la puerta con sus pijamitas de ositos y conejitos. Se levantó y corrió hacia la pequeña abrazándola con toda su fuerza. Ambas rieron y lloraron, alternando la risa y el llanto.

—¿Tú qué haces aquí? —Preguntó Melania con la mirada expresando todo su amor.

—Me trajeron Annete y Tommaso. Dijeron a mi padre que me quedaría en su casa, pues ya habían hablado con Doña Albertina que les explicó todo... Y bueno, ellos dos pensaron que traerme aquí te alegraría y que tal vez les perdonarías... —Contestó la pequeña, de lo más nerviosa.

Melania miró a la pareja y susurrando les dio las gracias, no había mejor regalo que ver a su angelito. La parte de arriba del pijama de la niña se levantó y Melania lo vio todo negro al observar que había nuevos moretones.

—¡Voy a matar a esa pedazo de puta! —Gritó asqueada, sintiendo que estaba a punto de desmayarse por los malditos nervios. Hasta temblaba, por lo que dejó a Ángela en el suelo. Annete, Albertina y Carlotta se acercaron y la abrazaron diciéndola sin palabras que se calmará.

—Me temo que no basta con mis averiguaciones sobre Antonella. Si la niña habla y dice que fue maltratada, esta mujer es capaz de decir que Melania la ha manipulado y meternos a todos en el embrollo, pues se ha ganado la confianza de Domenico durante años, como la perfecta empleada. —Dijo Cristiano.

—Que de perfecta esa no tiene nada. —Replicó Carlotta y su tía se aguantó la risa. La niña

parecía celosa y todo.

—Sí, pero eso no lo sabe el viudo que ha visto únicamente la imagen de niñera impecable. — Respondió Cristiano.

—Eso es cierto, pero y entonces, ¿qué podemos hacer? Si no tenemos más pruebas contra ella y tampoco sabemos más cosas sobre esa nota tan extraña. —Dijo Carlotta suspirando, con una cara de pocos amigos, aquella situación era estresante.

—No sé de qué nota habláis, pero tal vez, y solo digo tal vez, puede que tengamos algo entre las manos. —Habló repentinamente Annete dejando a todos atónitos.

—¿De qué hablas Annete? —Preguntó Doña Albertina entrecerrando sus ojos de tigresa.

—El otro día fui a su casa. Desde un principio a pesar de que todo apuntaba a que Melania era la maltratadora de Ángela, había algo en mí que dudaba, no sabría explicarlo... La cuestión es que fui a su casa a tomar el té, ella, como siempre fue muy amable y dulce, pero esa mirada suya nunca me trajo buena espina. La tarde pasó bien, hablando de cosas triviales, pero hubo algo que llamó mi atención. No paraban de llegarle mensajes al móvil, pero no a su móvil habitual, un Smartphone, sino a un teléfono antiguo que siquiera tenía cámara. Ella no contestaba, colgaba sin más y seguía con su expresión serena e inamovible. Recuerdo que se levantó para ir al servicio y fue entonces cuando yo... —La mujer enrojeció hasta la raíz del pelo, sin saber cómo continuar.

—¿Tú qué? —Gritaron todos a la vez y Annete dio un respingo antes de continuar.

—¡Pues que cotillee! Eché un vistacito, ya sabéis cómo soy. —Excusó la mujer su personalidad de maruja.

—Miré el móvil y eran todos mensajes amenazantes que decían cosas horribles como que será violada, asesinada, que sus gritos permanecerían por siempre en su mente, como el hermoso recuerdo de un amor imposible. Eran cosas sin sentido, pero que para el autor de los mensajes tenían todo el sentido del mundo. Eso aumentó mi interés y me puse... bueno... ¿Cómo decirlo? ¡A mirar entre sus cosas! Una libreta en color rojo vino me llamó mucho la atención, sobre todo porque...

—¡QUÉ! Annete, habla por el amor de Dios. —Dijo Albertina gritando, a punto de caerse del sillón sobre el que estaba sentada porque todo aquello resultaba surrealista y a su vez muy intrigante.

—Ponía con letras plateadas: “Propiedad de Antonella”. Se trataba de un diario. —Respondió Annete cuyo rostro mostraba que estaba avergonzada por esos instintos de cotilla que ganaban su buena educación.

—Por el amor de dios Annete, dime que mangaste el maldito diario y que podremos leerlo. —Habló la modista con la mirada brillando de entusiasmo.

—Pues... ¡Claro que lo tengo! ¡No pude resistirme! Pero, no lo leí. —Gritó la mujer dejando a su esposo petrificado.

—¡Annete! ¡Qué descontrolada estás amor! —Se dirigió Don Tommaso hacia su esposa que se sonrojó aún más por el reproche, mientras sacaba de su bolso el pequeño cuaderno.

La respiración de todos se entrecortó. ¿Qué iban a encontrarse allí?

Capítulo 7

La conocí en un mercadillo indio, al igual que a mí, le encantaban las antigüedades interesantes, diferentes... Recuerdo que ambas mirábamos una lámpara hermosa decorada con figuras geométricas y colores dorados que representaban estilo y lujo. Comenzamos a hablar y rápidamente la encandilé. Era dulce, hermosa y demasiado inocente para mi gusto, pero necesitaba compañía en aquel viaje y ella parecía parlanchina y lo suficientemente locuaz para no aburrirme.

Se asentaba en el mismo hotel que yo, lo cual mostraba que tenía un estatus y una economía buena. Yo en cambio, había conseguido el dinero de uno de mis amantes ficticios, es decir el típico hombre solitario que buscaba pareja por internet y era una presa fácil.

Aunque la mujer era carismática, era tan hermosa que llegaba a molestarte. Mientras caminábamos juntas por aquellas estrechas calles, no había hombre que no la mirará. Para colmo me dijo que tenía un esposo guapísimo que encima era escritor. ¡La típica zorra con mucha suerte en la vida! La odié en el instante, pero era la que mejor me caía en aquel instante, en aquel sitio lleno de finolis que miraban por encima del hombro a cualquiera y... ¡A mí nadie me mira con altivez!

Quedamos a cenar esa misma noche, me puse contenta ya tenía un plan y era genial.

El restaurante en que nos veríamos era el mejor y la cuenta corría por su cuenta, así que por supuesto, yo acepté.

Me apetecía salmoncito y en aquel sitio costaba un riñón. Me preparé con mi mejor vestido, era de la firma Chanel. Un regalo de papá que siempre suplica verme, pero paso... El sentimentalismo de mis padres me asqueaba de niña, me asquea ahora y probablemente, me asqueará siempre.

Llegué a aquel sitio elegante. Rosetta, esa mujer hermosa y dulce que parecía tan radiante como el sol y tan misteriosa como la luna estaba sentada junto a su joven marido. Recuerdo la forma en que me paralicé. ¡Era el hombre más guapo que alguna vez había visto! En apenas segundos se me pasaron imágenes de mí estando en el lugar de aquella mujer que seguramente no le daba toda la pasión que un hombre de su posición necesitaba. Con mi sonrisa de oreja a oreja, fui a presentarme. Domenico Rizzo me dijo que era su nombre, un nombre hermoso para alguien cuya voz era como el terciopelo. Pronto descubrí que el hombre era un exitoso escritor que había empezado a cosechar muchos éxitos fuera del país. Eso me motivó más. ¡Sí quería ligármelo! Y no creía que fuera tarea ardua considerando que su esposa era un muermo, pero cuánto me engañaba.

Domenico ni se fijaba en mí y eso que había probado provocarle de todas las maneras. Al igual que su esposa, creía en la bondad de la gente y ambos simpatizaron conmigo. Nos hicimos amigos, lo cual me ayudo para poder visitarles en su casa siempre que deseará.

Fueron años en los que mantuve amistad con aquella pareja. Rosetta me consideraba su mejor amiga. ¡La muy estúpida! Me llamaba a menudo y se enorgullecía de mí cuando empecé mi trabajo como contable.

Cada vez la odiaba más. Comprendí muy a mi pesar que mientras Rosetta siguiera viva, Domenico jamás se fijaría en otra y menos cuando esta le anunció su embarazo. Fue algo que acrecentó mi aversión.

Yo conocía bien a todo el círculo de amistades, conocidos y familiares de Domenico y Rosetta. Fue durante la celebración cuando le conocí a “él”. Llevaba envidiando a Domenico desde siempre. Ambos teníamos el mismo carácter, las mismas motivaciones, tal vez por eso él se obsesionó conmigo hasta el punto de hacer un trato. Si envenenaba a Rosetta yo sería suya.

En ese momento no sabía en el lío en el que me metía, solo quería quitar de en medio a Rosetta porque estaba segura que sin ella, Domenico se fijaría en mí. Lo que no sospechaba es que con aquel acuerdo sellaba mi entrada al infierno.

“Él” cumplió con el trato. Vino de visita y comenzó a envenenarla poquito a poquito. Nadie sospechó, pues le creían conocerle como a la palma de su mano y es que en Fabbriche di Vergemoli, las personas son de todo menos inteligentes. Todos dedicados a sus jardines y familias sin saber cómo es el mundo de fuera en realidad.

Envenenó a la desgraciada Rosetta con veneno de ratas, un frasquito de color rojizo que el muy perverso siempre llevaba consigo. Sí, él es mucho más malvado que yo, no tiene límites.

Al principio pensamos que el feto que llevaba Rosetta, moriría junto con ella, pero por desgracia los milagros de la vida existen y aquel maldito bebé vino al mundo, aunque la progenitora cada vez se veía más débil y nadie entendía la razón ya que “él” era astuto. Echaba tan poca cantidad que era imposible que uno se enterara que se trataba de veneno.

Murió la misma noche en que Ángela Rizzo nació. La gente no sospechó a pesar de que les resultaba raro que una mujer con buena salud de repente cayera en cama. Lo achacaron a un embarazo difícil.

Entonces vi mi momento, el momento que tanto había anhelado.

Lo dejé todo por Domenico, mientras “él” venía de vez en cuando, deseando recibir su pago, que yo jamás le di, siempre supe cuidarme, estar entre gente y jamás a solas, pero su paciencia se está agotando...

Ahora me persigue como una sombra endemoniada y poderosa y eso que estaba a punto de conseguir el fruto de años de trabajo. ¡El amor de Domenico!

Logré quitar del medio a Rosetta, logré separar a Melania de su lado y eso que parecía tener sentimientos hacia esa zorra. Iba a ser mi momento y en un futuro cercano, una vez casada con mi hombre, enviaría a la mocosa de Ángela a un internado, olvidándome de su molesta presencia.

Fueron muchas veces en las que me desquicé con la mocosa. Tan pequeña, tan indefensa que resultaba hasta divertido verla llorar. ¡Tiene el rostro de su madre! ¡La odio! Es una niña mimada que no sabe lo que es el mundo, ya me encargo yo de demostrárselo, aunque no lo logro como quiero, pues siempre anda rodeada y todo el mundo la adora, adoran esa cara de boba a que yo deseo aplastar con el pie.

—¡Esta mujer es el mismísimo demonio! —Dijo Doña Albertina horrorizada. En el cuaderno solo estaban esas páginas. Al parecer Antonella había empezado a escribirlo recientemente, tal vez por la necesidad de expresar todo su odio trastornado que la envenenaba.

—Chicos, creo que ya tenemos todo lo que necesitábamos. Con eso tiene asegurada la cárcel. —Habló Cristiano horrorizado como el resto.

Afortunadamente Ángela no había oído nada, pues dormía profundamente en los brazos de Melania que deseaba protegerla del mal. Ahora la pelirroja entendía la razón por la que estaba en aquel sitio. ¡Por salvar a la criatura inocente entre sus brazos! No quería siquiera imaginarse la reacción de Domenico. Aunque, él no merecía su bondad, le daba pena, porque esas verdades iban a destrozar su alma.

—Es hora de llamar a la policía. La interrogarán y de paso podremos descubrir quién es: “ÉL”. —Dijo Carlotta.

—Ese es un demonio más grande. —Afirmó Doña Albertina y Annete y su esposo afirmaron con un gesto con la cabeza.

Aquella noticia iba a poner todo patas arriba, pero la verdad tarde o temprano se descubría y ya era hora que los malos pagarán.

Un poco más tarde en comisaría:

—¿Qué más solía hacerte? —Preguntó el joven comisario a la pequeña somnolienta Ángela que abrazaba a Melania como si la vida le fuera en ello. La pelirroja la alentaba a hablar. Era horrible escuchar todo aquello, pero ambas debían acabar con eso de una vez y ver a esa bruja tras las rejas.

—Me daba bofetadas, pero en la cabeza no en la cara. Cuando se enfadaba mucho me quemaba con su cigarro, me tiraba del pelo y siempre hablaba mal de mi mamá... —La voz de la niña se resquebrajaba por las lágrimas que caían sin cesar. Su rostro estaba rojo y sus grandes ojos irritados de tanto llorar. Melania no podía evitar el llanto al oírla. El joven policía, tomaba nota mientras apretaba los labios, sin poder creer que semejante maldad existía.

En ese instante dos guardias entraron sujetando de los brazos Antonella que gritaba que la soltarán. Domenico iba detrás de ella y al ver a su hija llorando sobre el regazo de Melania, su expresión se endureció como el pan de ayer. Fue a por la pelirroja agarrándola con agresividad mientras la niña gritaba. —“¡No papá!”

Él estaba a punto de pegar una bofetada a Melania que únicamente procuraba que la pequeña se calmará y no le quedará trauma por culpa de todo aquello. No deseaba exponerla, pero no había otra forma de denunciar a aquella psicópata.

Justo cuando el puñetazo iba a chocar contra el rostro de la joven, una mano firme agarró el brazo de Domenico que atónito se dio cuenta que se trataba de Tommaso.

—No hagas algo de lo que te lamentarás toda la vida, hijo. Nada es como tú piensas. Melania no ha hecho, solo a protegido a Ángela. —Dijo Don Tommaso.

—¿Qué estás diciendo? ¿Os ha manipulado a todos o qué? —Gritó el escritor.

—Señor Rizzo, será mejor que se siente. Lo que va a oír a continuación es fuerte. —Le advirtió el policía.

Domenico miró con los ojos abiertos de par en par y a regañadientes se sentó. Melania se dispuso a irse, pero la pequeña Ángela la agarró de la mano, suplicando con sus grandes ojos de color miel que no la dejará.

—Estoy aquí mi angelito. No te dejaré, pero por ahora debo irme. Es importante que hables con tu papá a solas. Ella ya no podrá dañarte.

Se soltó y se dirigió hacia la salida de aquella comisaría, sin ver la mirada confusa del escritor que iba a llevarse la sorpresa de su vida.

—¿Qué es lo que está pasando hija? —Preguntó a su hija.

La niña agachó la mirada y susurró en respuesta.

—Ocurre papá que a veces, los monstruos son aquellos que mejor creemos conocer, ocurre que a veces el monstruo que hay debajo de la cama y te aterroriza, resulta ser la persona que te ha criado.

Capítulo 8

Había transcurrido una semana entera desde que arrestaron a Antonella. Nadie podía creerse lo que aquella tranquila y hermosa comunidad escondía. Una maldad que erizaba el vello de la nuca. Melania, no paraba de pensar en eso. Preparaba sobre una bandeja galletas con mermelada, pues las chicas habían venido a tomar el té. Miró con tristeza la caja de galletas vacía, no había podido comprar más y faltaban suministros en la casa, ese mismo día iba a hablar con Doña Albertina de recuperar su empleo y en cuanto pudiera se compraría un coche de segunda mano. Don Tommaso había insistido en devolverle a Daisy, pero ella se había negado. No deseaba tomar nada de nadie. Quería conseguir todo solita, le daba terror volver a confiar, prefería simplemente llevarse bien con la gente, pero nada más. Sus amigos notaban eso y se entristecían, pero no sabían cómo decirle que añelaban a la Melania de antes, pero esa ya se había marchado para no volver jamás.

Con la bandejita en mano se dirigió al jardín. Hacía una tarde estupenda y daba gusto tomar el té en la intemperie.

—¿Quién lo iba a decir? ¡Un asesino en serie! —Hablaban Doña Albertina crucificándose y es que no era para menos. Descubrir que el asesino de Rosetta y el de cuatro mujeres más era el primo Ricardo había impactado a todo el mundo y al que más a Domenico que se había encerrado en su casa. A veces Ángela pasaba por la casa de Melania y le contaba sobre su preocupación, pues su padre había caído dentro de un pozo llamado: Depresión.

—Este hombre quiso ligar conmigo varias veces, tuve una suerte enorme de rechazarle. —Dijo Carlotta temblando y poniéndose pálida al pensar en lo que podía haber pasado si se quedaba a solas con él.

—Yo le alenté a que lo intentará contigo en la fiesta de Alessia y Beatrice. No sabes cuánto lo siento Carlotta. —Se disculpó Melania, lamentando ser tan crédula, pero es que el tío siempre era un encanto con ella y con todos. ¿Quién lo podía sospechar siquiera?

—No te disculpes. Nos engañó a todos. —Dijo Albertina.

—Mis niñas Alessia y Beatrice se han perdido todo esto. Van a flipar en colores cuando vuelvan del Caribe. —Habló Annete mientras tomaba sorbitos de su té de jengibre.

—Desde luego, esas dos encontraron el mejor momento para marcharse. Tal vez, si se hubieran quedado habrían estado de mi lado y me habrían apoyado un poquito. Me sentía sola y sin un centavo en los bolsillos. —Dijo Melania sin pensarlo, tan solo se expresaba. Al ver que había hecho daño a sus amigas, se disculpó con la mirada.

—Niña, tienes razón. Fuimos todos unos miserables contigo, pero jamás te dejé sin dinero. Ingresaba cada semana en tu cuenta algo de dinero. Ya sabes que ingresar una cantidad monetaria lo puede hacer cualquiera, aunque nos sea titular. Lo hice anónimamente y no hubo problemas. —Confesó Doña Albertina.

La revelación dejó a Melania sin aliento. —Yo no tenía idea... Me despediste y siquiera se me ocurrió actualizar mi cuenta, pensaba que estaba pelada. —Contestó atónita y añadió.

—Me dabas dinero incluso pensando que había abofeteado a una adorable criatura.

—Pues claro, niña. ¿Qué haría una madre, una buena tía, una amiga del alma? Te odiaba, pero

una parte de mí te seguía amando como la niña de mis ojos.

Melania se emocionó al igual que todas que estaban a punto de ponerse a llorar como magdalenas cuando de lejos vino Ángela corriendo con un ramo de margaritas en las manos. Su padre la dejaba hablar con ella, lo cual era genial y lo único que realmente alegraba el corazón de la pelirroja.

—Son para ti, Melania. —Dijo la niña que recuperaba el brillo en sus dulces ojos.

—Gracias, cielo, son hermosas. Es un detalle de tu parte. —Respondió Melania levantándose de su silla de jardín y besando a Ángela en la mejilla.

—Oh, no son de parte mía mamá, son de parte de papi. —Respondió la pequeña y Melania sintió que se petrificaba de la impresión.

—Sé que él actuó muy mal, pero quiero que volvamos a estar como antes. —Suplicó la criatura. Las vecinas y amigas de Melania miraban con interés, sus orejas estaban en modo: Grabadora.

—Ángela, te dije que siempre estaría cuando me necesitarás, pero eso no significa que tu padre y yo estemos juntos. Sin importar nuestra relación, quiero que sepas que tú siempre serás mi princesa.

Ángela asintió con tristeza. Sus deseos no podían cumplirse porque incluso ella, con su tierna edad sabía que había cosas que no podían arreglarse. Un jarrón roto, aunque lo pegarás con el mejor pegamento, las grietas siempre quedaban.

—Ángela, vamos a jugar en la parte de atrás. Verás un nuevo juego de mesa muy chulo. —Vino Enrico gritando. El niño llevaba una caja llamativa sobre la que escribía: Samurai.

Todos en Fabbriche di Vergemoli sabían la trágica historia de Ángela. Ella tenía suerte de ser pequeña y poder olvidar todo aquello. Su padre, muy preocupado por las secuelas psicológicas que podía tener su hija, la llevaba seguidamente a un pediatra, al mejor de Italia. El pobre hombre ya no sabía qué hacer por compensar a su hija, una niña que no le culpaba por nada. Sí, el que se mortificaba a sí mismo, era él.

Los compañeros de juego de Ángela no mencionaban el tema. La arrojaban y procuraban pensar en su bienestar. Por supuesto a algunos renacuajos se les escapaba, pero Enrico siempre estaba cerca de ella en esos momentos, intentando borrar cualquier malestar en la pequeña. Eran todavía niños, pero había cosas que se notaban... Tal vez en un futuro sí que podía nacer algo fuerte entre los dos, eso decía Domenico antes, aunque el joven Enrico siempre se negaba en rotundo, diciendo que Ángela era muy pequeña para él.

Melania sonrió sin poder evitarlo, observando a los dos peques correr al jardín de atrás. Olió las margaritas y se dio cuenta de que entre las flores había nota. Con el corazón a mil por hora, abrió el pequeño papelito.

“Es muy bonito conocer a alguien que te haga reír hasta sentir lágrimas en los ojos, que te ponga nervioso, que haga creer que todo es posible, que te deje sin palabras y que no puedas dejar de mirar” Esas fueron las palabras que me escribiste junto a aquel maravilloso regalo que no aprecié al igual que no te valoré a ti. No caben mil vidas para pedir tu perdón, no te merezco, pero quiero que sepas, que te amo y que siempre lo haré, aunque no lo creas. Encontraste a un hombre torturado que luchaba por seguir a pie por su hija, creyendo que hacía lo mejor, confiando en quien no debía, alejándose de los que realmente pensaban su bien. Intentaste enseñarme a reír otra vez, rechacé tu buena voluntad. Ahora, me doy cuenta que perdí lo mejor que me ha pasado por mis temores a vivir. – Tuyo por siempre, Domenico.

Melania borró con el dorso de su mano sus lágrimas. Guardó la nota y decidió poner en un jarrón las flores y olvidarse de aquella nota. Le perdonaba de corazón, pero no le excusaba. Le deseaba lo mejor, pero no junto a ella. No estaban hechos uno para el otro y de eso no tenía duda alguna.

—Nos perdonaste a todos. ¿Por qué a él no? —Preguntó Doña Albertina.

—Le he perdonado, solo que no de la manera en la que todos se esperan. —Respondió ella y el silencio se instaló en aquel jardín donde incluso las flores parecían más apagadas que de costumbre. Una sombra se había instalado en Melania y en la vieja mansión. La alegría que una vez había reinado se había evaporado. Todos seguían con sus vidas, pero algo había cambiado, y ese algo se debía porque Melania no era la misma de siempre.

—Crees que no te ama, pero estás engañada. Cualquier hombre habría denunciado a la supuesta agresora de su hija. Pregúntate Melania, ¿por qué no lo hizo? —Le preguntó Carlotta que se estaba poniendo morada por culpa de los pastelitos.

—Deja de comer, niña. Te pondrás como una vaca. —Refunfuñó Doña Albertina. Era gracioso porque a Melania le echaba la bronca por estar flaca y que engordará, mientras que a Carlotta que se controlará con la comida, sobre todo con los pastelitos.

—Carlotta hablas igual que Cristiano, él siempre me dice lo mismo. —Dijo Melania, mirando a su casi hermana divertida. Pues la joven estaba colada por el criminólogo, aunque a este no le entusiasmaba la idea. La veía inmadura y siempre que podía le demostraba a Carlotta que no harían buena pareja, que eran demasiado diferentes, aunque eso no le paraba los pies a la bella Carlotta.

—Eso es porque es va a ser mi maridito. —Dijo con decisión la sobrina de Doña Albertina que había heredado la fuerte y colorida personalidad de su tía.

—Él no parece pensar lo mismo. —Contestó Annete riendo.

—Sí, el muy imbécil dice que soy una cría. —Respondió Carlotta haciendo un mohín.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —Preguntó con seriedad la modista.

—¡Está más claro que el agua, querida tía! ¡Le demostraré que soy mujer de la cabeza a los pies! —Respondió Carlotta con ese brillo en su mirada que mostraba que el criminólogo lo pasaría canutas.

—¡Así se habla sobrina! Él tiene interés en ti, se nota. Te mira cuando tú no le ves. Una debe luchar por lo suyo, no de manera loca y desquiciada como la Antonella que ojala se pudra tras las rejas, pero sí como una Amazona. —Habló Annete y todas asintieron.

—Melania, cielo, ¿podrías ir a traerme un vaso de agua fría? De repente me apeteció. —Pidió Annete.

La pelirroja miró extrañada. Annete usaba ese tono suyo, el dulce y aparentemente inocente... ¡Esa tramaba algo!

—Claro... —Respondió, preguntándose qué demonios se le habría ocurrido a aquella chiflada ahora.

Caminó hasta la cocina, iba descalza, pues le gustaba sentir la hierba bajo sus pies. Fue hasta la nevera y agarró la jarra de agua cuando un ruido la distrajo. Se dio la vuelta y casi se le cae la jarra de las manos y se estampa contra el suelo al ver a Domenico parado allí. Él miraba torturado, su postura no tenía el porte que siempre poseía. Se veía más pequeño, se veía demacrado como si no hubiera podido dormir bien en mucho tiempo.

Melania se agarró el pecho y respirando alteradamente exclamó.

—¡Qué diablos haces aquí, Domenico!

—Lo siento... Yo no quería asustarte, solo quería verte. —Respondió él. Parecía desear abrazarla, pero se contenía, era como si temiera acercársele, como si le atemorizará romperla.

—Tranquilo. ¿Para qué querías verme? —Le preguntó ella con total tranquilidad, aunque por dentro bullía de diversas emociones que se mezclaban creando un solo sentimiento cuyo nombre no existía en los diccionarios.

—¿Recibiste las flores? —Respondió Domenico con otra cuestión y con voz trémula.

—Las recibí, un ramo muy hermoso. Gracias.

—Las margaritas me recuerdan a ti. Son alegres, primaverales, unas flores optimistas.

—Es extraño, no me considero así para nada. Esos adjetivos no pegan con mi personalidad.

—Corre el rumor de que la alegría se ha transformado en seriedad, la primavera en un invierno y el optimismo en pesimismo.

—Yo lo llamo realismo. ¿Qué quieres Domenico? Es la última vez que lo pregunto. No quiero perder mi tiempo en tonterías.

Las palabras frías de la pelirroja fueron como un cubo de agua helada para Domenico que dio dos pasos hacia atrás, como si le hubieran golpeado.

—Me equivoqué en todo contigo. Te amo Melania. —Contestó el escritor, torturado.

Ella le miró sintiendo su alma llorar, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar por sus estúpidas ilusiones. Había crecido, ya no era la muchacha tonta que sonreía solo al ver el rostro de aquel artista.

—Puedo entenderte Domenico. Reaccionaste como cualquier padre, como cualquier persona que creía que le habían engañado... Te perdono.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó el rostro del hombre que por primera vez desde que había pisado la vieja mansión de Abernethy parecía estar vivo.

—¡No lo lamentarás mi preciosa! Prometo recompensarte todo el daño que te provoqué, prometo estar contigo en las buenas y en las malas, porque ya no temo admitir que te amo más que a mi propia vida. Que me des otra oportunidad, me hace el hombre más feliz de Italia.

Aquellas palabras Melania había deseado escucharlas mil veces en un pasado nada lejano. En esos seis meses donde cada día intentaba enamorarle, pero ahora... Ahora no deseaba escuchar, tan solo deseaba olvidar y seguir para adelante.

—No me has entendido, Domenico. Te perdono, pero no habrá nada entre nosotros dos. Tú y yo no estamos hechos para estar uno con el otro. Venimos de mundos diferentes, soy demasiado mediocre para ti.

Le respondió con una sonrisa amarga.

—Te deseo lo mejor. Que estés abierto al amor es una noticia linda. Espero que encuentres a la mujer de tus sueños.

—Esa eres tú. Tú eres un sueño hecho realidad. —Respondió él. En su tono de voz se notaba la desesperación, pero ella ya no estaba dispuesta a creer en el amor, prefería resguardar su corazón en un lugar a salvo, lejos de un posible sufrimiento.

—No. La culpa que sientes confunde tu mente. Tú nunca me amaste, me lo advertiste desde un principio, pero yo como una niña ingenua insistí. Nunca tuvimos que estar juntos. Espero que dejar esto atrás, nuestra pequeña historia, no me impida seguir en contacto con Ángela.

—Eso es lo que no logras perdonar, preciosa. El hecho de haberte alejado de ella. Lo que hice fue separar a una madre de una hija, el peor de los pecados, lo más desalmado...

Melania miró hacia la pared de enfrente sin responder a aquella tan acertada conclusión.

—Vete Domenico. Saludémonos de forma educada cuando haya alguna fiesta en el pueblo o

cuando nos veamos en el supermercado. Hagamos como que nunca compartimos nada y será lo más fácil para ambos. Continuemos con nuestras vidas y puede que algún día encuentres una buena mujer a tu lado a la que en verdad ames y yo a un hombre que me ame por encima de todo, incluso cuando todo apunta contra mí.

—¡No! ¡No nos hagas eso! —Gritó él abrazándola por fin.

Melania suspiró encantada. Siempre se había sentido como en su casa entre esos brazos, pero ahora que sabía que todo era una ilusión de un rencoroso mago llamado: Amor, decidió separarse y sin expresión alguna en sus ojos oliva, habló.

—Annete se equivocó con nosotros. Vete Domenico, me temo que nunca podré confiar en ti y mucho menos entregarte mi corazón.

—Tu corazón me pertenece al igual que el mío a ti. No puedes separar a dos mitades que se han encontrado porque el amor es lo más poderoso y tarde o temprano vence a todas las circunstancias, incluso al orgullo, al coraje y a los recuerdos amargos.

—Te has vuelto todo un romántico, guárdate esas hermosas palabras para aquella que verdad ames y deja de sentir compasión por mí.

—Lo que siento no es compasión, sino lamento de perder algo que no estoy dispuesto a perder.

—Hay cosas que nunca deben ocurrir, como nuestros momentos juntos.

—No te atrevas a mancillar los recuerdos que dieron lugar a este amor al que reniegas, preciosa.

—[Nos vemos a nosotros mismos como seres reales, pero quizá somos nuestros propios y engañosos espejismos](#). Estás equivocado, Domenico. Entre tú y yo no hay cabida para el amor.

—Te equivocas tú mi bella ninfa que de mediocre no tiene nada, posees la belleza de una diosa que parece frágil, pero tiene la fuerza de un huracán que puede arrastrar todo, el poder de una supernova, que puede crear vida o quitarla, al igual que haces ahora. Siquiera me estás tocando, pero sientes tus puñetazos con cada palabra... Y tú pensabas que no podías hacerme daño, preciosa.

Melania tragó saliva e intentó no sonrojarse de gusto por aquellas palabras.

—Es hora de irte, Domenico. Dile a Annete que esto no va a funcionar. Me envió a por agua a propósito, la vi escribiendo mensajes en su móvil...

—Eres muy lista y muy observadora cielo, pero no me rendiré y Annete tampoco. No permitiré que hagas lo mismo que yo, acobardarte ante el amor.

—Buena suerte, Domenico.

Despedirse totalmente de Domenico fue tan difícil para Melania que sintió que una parte de su alma se iba con él, pero debía ser coherente, debía ser lógica y realista. Aquello no tenía futuro. Era hora de despertar y darse cuenta que los sueños, sueños son.

Capítulo 9

Cinco años más tarde en Fabbriche di Vergemoli

El café, junto al periódico, como cada mañana la esperaba en su despacho con las mejores vistas a la Toscana.

En la portada salía su bella comunidad. Las cosas en aquel pequeño sitio habían cambiado muchísimo, pues había pasado de ser despoblado a ser superpoblado. El Gobierno Italiano había logrado su propósito y ella había conseguido con éxito superar aquel programa y quedarse con la antigua e histórica mansión que era su casa y cuyo valor en los mercados actuales era de dos millones y medio de euros.

Tenía su propio despacho gracias a que había lanzado su marca de ropa por tiendas online que ahora también se construían en físico. Una cadena entera donde ella junto a Albertina y Carlotta ofrecían la ropa más exclusiva de la región.

Venían personas de renombre, recorriendo kilómetros a pesar de que podían adquirir los productos por vía online.

Sus amigos y conocidos estaban muy orgullosos de ella. Cada uno formaba una parte importante de su mundo.

Carlotta ya era toda una mujer y tan hermosa que los hombres se desmayaban a su paso, aunque ella únicamente tenía ojos para Cristiano que finalmente había sucumbido a sus encantos. El criminólogo había abierto su propia oficina y su trabajo ya no consistía en ver tantas atrocidades, pues ya era un detective privado que más que nada se dedicaba a resolver temas de infidelidades y de esas índoles.

Doña Albertina había sorprendido a todo el mundo con su nuevo amorío. Un diseñador de joyas de muy mala leche que había logrado ablandar el fuerte carácter de la modista que estaba más enamorada y feliz que nunca.

Alessia y Beatrice había adoptado muchos niños y se dedicaban de lleno en su hostel de animales y en varias actividades filantrópicas. Eran sus mejores amigas y solía quedar con ellas todos los fines de semana.

Angela estudiaba en el mismo colegio que Enrico. Su niña había logrado gracias a muchos terapeutas pasar página y dejar en el pasado todos los maltratos que había sufrido. Ahora era una joven a punto de ser adolescente, alegre, coqueta, inteligente y que siempre se salía con la suya, como en aquel momento que miraba a su madre con un mohín. Deseaba ir a un campamento en nada menos que en Francia.

La pelirroja, vestida con su traje confeccionado en tejido de algodón y lino, con cierre mediante botonadura frontal y dos bolsillos laterales, tomó su taza de té con elegancia y divertida dijo a su niña.

—No.

—¡Cómo! ¡Papá me dejará! —Protestó la jovencita que iba vestida con un vestido vaporoso en color azul celeste. Ya se estaba convirtiendo en toda una señorita y muy bella, además.

—Estará de acuerdo conmigo, pequeña brujita. No irás.

—Pues vaya verano más aburrido. Tú siempre andas metida aquí y papá solo babea por ti. Estoy harta de ir de vacaciones contigo y luego aparte con él. Para eso prefiero ir con mis amigos.

—Querrás decir con Enrico. ¿Enserio te quejas de ir de vacaciones dos veces en un verano? Hay niños que siquiera han viajado, jovencita. —La amonestó Melania y Ángela tuvo la decencia de sonrojarse.

—Vale... Últimamente eres muy dura conmigo. Por cierto, este es su último libro, la dedicatoria como todos los años va para mí y para ti.

Melania como siempre se sintió halagada y de lo más enternecida y cautivada, pero había aprendido tan bien a disimular y enmascarar sus emociones que Ángela no lo notó y por enésima vez hizo un mohín.

—Léelo al menos... —Suplicó la pequeña. Melania asintió antes de ponerse a mirar las facturas de unas nuevas telas que había pedido Albertina. Ese mes tendrían trabajo a tope porque a Carlotta se le había ocurrido precisamente entonces ir de vacaciones con Cristiano a Venecia.

—¿Cuándo le perdonarás? —Preguntó Ángela y Melania volteó los ojos. Su hija no paraba de realizar esa misma pregunta cada maldito día.

—Ángela, ya sabes que he perdonado a tu padre, nos llevamos de manera formal, pero nunca estaremos juntos. Tu padre tiene otros gustos y yo también. —Respondió con lentitud para que le entrara en la cabeza de una vez a la joven.

Ángela bufó de manera muy poco femenina y habló tan enfadada como nunca antes Melania la había visto.

—¡Sois dos tontos! Sobre todo tú. ¿De dónde te inventas esas teorías, Melania?

—¡Melania! ¿Me acabas de llamar por mi nombre jovencita?

—Él te ama, eso es visible hasta para un ciego. ¿Quién demonios renuncia a estar con mujeres durante cinco años? Incluso yo sé que los adultos tienen necesidades, una chica de mi cole me lo contó, dijo que su madre tenía constantes necesidades con su padre.

—Oh, por el amor de dios, no estoy preparada para esta conversación.

—Mamá, estas convirtiendo a mi padre en el hazmerreír de todo el mundo. ¿Es que no te das cuenta que ninguno ha logrado estar con otras personas? Gracias a dios que Carlotta ya está oficialmente con Cristiano, sino mi querido padre seguiría muerto de celos. Por mucho que yo le explicaba que era tu mejor amigo, no lo entendía y el único que se divertía a costa de sus celos era Cristiano hasta que en un arrebato papá le rompió un diente.

—¡Ángela, ya basta! —Dijo horrorizada Melania. No deseaba escuchar más.

—¡No, Ángela no! ¡Nunca me tomáis en serio y soy la que mejor ve las cosas, desde una perspectiva diferente, más objetiva!

—¿Cuándo aprendiste lo que es: “Perspectiva?”

—¡No cambies de tema!

—¡Aquí mando yo, jovencita!

—¡Pues se han intercambiado los papeles! ¡Lo que hacéis papá y tú es ridículo! Todo Fabbriche di Vergemoli sabe que dormís juntos. Doña Albertina y Annete se encargan de contarlo a todo el mundo. Él viene de noche, se sube por tu ventana como un adolescente enamorado, luego se acerca tu cama y al parecer luego tu cantas desafinando un montón porque ni siquiera te sabes la letra de las canciones, solo te sabes: “**Oh, dios mío**” “**Más**” y por supuesto ese constante y pedante “**Ah**”.

Melania no sabía dónde meterse por la vergüenza. —Cielo, no deberías escuchar esas cosas...

—¡Cómo! Si gritas más que un cerdo mientras lo matan para convertirlo en lonchas. Mira,

mamá no me haré la inocente. Todo el santo mundo sabe que os acostáis y todos saben el daño que os hacéis porque a la mañana siguiente cada uno va a su casa, a su cama y os comportáis con frialdad. No habéis podido siquiera ir de cita con otras personas, tú no tienes ojos para otro que no sea mi padre y si los tuvieras, estoy segura que él te los sacaría. El pobre no se atreve a reclamar un corazón que fue suyo en el primer instante en que os visteis, porque su mayor temor es perderte. Cada año te dedica un libro, cada año un cuento inspirado en ti. ¿A quién crees que se parece la ninfa de cabellos rojizos de un lugar lejano de Irlanda?

—Me encanta ese personaje... —Susurró la pelirroja.

—Pues claro que te encanta, porque está basado en ti. Tú te lees todo lo que él escribe y disfrutas de esas flores que él suele poner a escondidas por las noches sobre la mesa del jardín. Siempre dice que vale la pena ir a hurtadillas para hacerte un detalle por la sonrisa que tienes al olerlas. ¿Eres feliz, mamá? No, deja, ya respondo yo por ti. Ni abras esa boca que solo dices estupideces. No eres feliz, estás creando un maldito imperio, eres una mujer poderosa, exitosa y bella. Me tienes a mí, pero ese vacío que sientes solo se rellena cuando papá está cerca de ti, aunque sea para que tú intentes discutir con él.

Melania se echó a llorar y temblar. ¡Era cierto todo lo que hablaba su hija! Llevaban con Domenico cinco años de locos. Haciendo el amor por las noches, actuando como desconocidos por el día, asombrando a todo el mundo. Era cierto que él siquiera había intentado entablar una relación con otra y siempre que se despedía por las noches, con un tierno beso, él decía: Seguiré luchando.

Con las manos temblorosas ella abrió el libro y en la dedicatoria leyó con emoción:

“A mis dos princesas”. Ángela tu alumbras mi vida, eres la mejor hija que un padre podría desear tener. Melania, eres mi musa, la mujer de mi vida, las emociones que siento a tu lado son constantes altibajos que para mi corazón resultan devastadoras. Te amo tanto que no podría describirlo. Sé mi sueño hecho realidad, no nos hagan sufrir más. El orgullo te hará creerte más fuerte, pero jamás más feliz.

La pelirroja no pudo evitar derrumbarse ante su hija.

—Necesitaré más terapia por culpa de vosotros... ¡Oh, qué par de tontos! —Murmuró la niña mientras la abrazaba.

—Por cierto, hay más mamá.... —Dijo la niña y Melania abrió los ojos de par en par, pensando que ya no podía soportar más emociones esta mañana.

—Mira la página sesenta y cinco.

Melania lo hizo y se quedó helada. Había un sobre pequeñito de color rosa pastel.

—Ábrelo, vamos. —La animó la niña y ella lo hizo quedando helada al ver un hermoso anillo de oro y zafiro blanco, los diamantitos que tenía incrustado alrededor eran en forma de corazón y ella se fijó en la pared de enfrente. Estos últimos años se había vuelto una pesimista de primera, pero a veces, soñaba en secreto y en aquella pared estaba su tablón de: *“Los sueños imposibles”*. La fotografía del mismo anillo colgaba allí, igualito al que tenía en las manos.

—No hay sueños imposibles a menos que tú lo permitas. Si no aceptas ser su sueño hecho realidad, dijo que se marchaba a vivir a Inglaterra.

La informó Ángela y en ese momento su corazón saltó, el temor la invadió. ¿Alejarse? No, él no podía hacer eso porque ella prefería verle de lejos, pero al menos verle.

—*Es hora de que le digas adiós a tus miedos, Melania.* —No era la voz de Ángela, era una voz interior la que la hablaba y no lo dudó. Se echó a correr, no sin antes gritar a su hija: — ¡Dile

a mi asistenta que te preparé algo de comer y que venga Enrico a acompañarte que me quemas la compañía, sino!

Ángela se echó a reír a carcajadas, sintiendo por fin la felicidad. ¡Hoy era el día que ella y todos los que amaban a sus padres esperaban desde hacía cinco años! Años que habían resultado una eternidad.

Capítulo 10

Entró en la casa de Domenico, sudaba a mares y su corazón casi estalla de felicidad cuando oyó su cantarina voz desde la cocina. Apresuró los pasos y se quedó perpleja al ver sobre la mesa cosas deliciosas, sus cosas favoritas para desayunar. Desde pancakes hasta muffins.

—Dicen que el amor se puede conquistar desde las tripas. —Dijo Domenico con una sonrisa.

—Siempre me has tenido conquistada. —Respondió ella con dificultad.

—Lo sé, pero nunca te sentiste que era lo más valioso y especial junto a Ángela para mí. Si he esperado tanto tiempo es porque quise demostrarte con creces lo mucho que me importas, lo mucho que me has cambiado como persona.

—También me importas. —Dijo ella con la voz resquebrajada, pues sus ojos ya se llenaban de lágrimas. Odiaba ser tan sensibilera.

—El tiempo lejos de ti es como un infierno tormentoso del que uno cree no poder salir. Todo pierde sabor, incluso los momentos alegres como cuando nuestra Ángela logró ser la mejor de su colegio o cuando ganó ese premio de ciencias, o cuando tú, preciosa alcanzaste el éxito. Eres tan talentosa y hermosa que a veces me siento poquita cosa para ti.

—Lo dice el que ganó tres premios de escritura internacionales y el que alcanzó un best seller tras otro. —Respondió ella, sintiendo que las piernas le fallaban.

—¿Lo sabías? —Preguntó Domenico, extrañado.

—Pues claro que lo sabía, he seguido tu carrera al igual que tú la mía.

Domenico sonrió. Fue hasta ella y la besó con ternura. Melania se agarró a sus hombros llorando.

—No llores, preciosa. Por favor...

—Hemos perdido tanto tiempo...

—Lo recuperaremos.

Melania le entregó el hermoso anillo y él miró el brillante objeto con desolación, partiendo el corazón de la pelirroja.

—Debo entender que no aceptas.

—Quiero que me lo pongas tú mi amor. —Respondió ella con una emoción que la hacía sentir viva y aquello era extraño y lo más parecido a una reencarnación porque llevaba cinco años sintiéndose muerta, como una autómatas que hacía las cosas por hacer.

Domenico casi llora de alivio, inclinó la rodilla y agarró el anillo.

—Estos cinco años soñé con este momento muy seguido. Fueron complicados porque luchaba contra mi culpa que pesaba horriblemente sobre mis hombros. ¿Cuál buen padre permite que una psicópata cuide de su hija? ¿Qué hombre inteligente rechaza al amor de su vida? Lo que mantuvo, lo que me mantiene con ganas de reír y aprender más del mundo sois tú y Ángela. Tú, Melania me devolviste la alegría. Junto a tu lado siento que tengo el apoyo, el amor, la risa garantizada. Eres mi mejor amiga, mi amante, y espero que mi mujer. ¿Aceptas ser mi sueño hecho realidad?

Melania asintió llorando un mar de lágrimas y sintiendo culpa porque no le había apoyado cuando más lo necesitaba. Se había centrado en su propio dolor y orgullo, sin meterse en los

zapatos de él. ¡Su propio primo había asesinado a su mujer! Pero ya era hora de dejar todo atrás. Los dos merecían tenerse uno al otro, ser tan felices que cada libro romántico o cuento hermoso fuera inspirado en su historia.

Domenico colocó el anillo que era de su talla y le sentaba perfectamente. Se levantó y besó a su mujer en los labios, sellando sin palabras la promesa de un amor eterno.

—Te tengo otra sorpresa, amada mía. —Susurró él en su oído.

Melania hechizada por vivir un sueño cumplido le agarró de la mano y se dejó llevar al jardín. Boquiabierta, estupefacta, congelada, atónita, se quedó al ver aquel sitio decorado de manera perfecta, a todas sus amistades sentadas en hermosas mesas con arreglos florales en colores pasteles y un improvisado altar en donde Cristiano esperaba con una sonrisa. El altar estaba decorado con un gran símbolo, bastante extraño.

—¿Has organizado nuestra boda? ¿Cómo sabías que iba a aceptar y tu supuesta marcha a Inglaterra? —Preguntó la pelirroja con los ojos como platos.

—Mi hija es una excelente actriz y sabe tirarse buenos faroles. Tenía que asustarte mi amor para que ya recapacites que ambos sufrimos separados uno del otro.

—Tú sí que sabes acelerar el proceso. —Dijo ella con una sonrisa que iluminaba el lugar aún más. Toda su familia les miraba con expresiones radiantes llenas de amor.

—Te esperé cinco años mi reina, era hora de acelerar las cosas. —Respondió él.

—Amor, ¿cuándo se ha hecho Cristiano oficiante de matrimonio?

—Ayer, nena. Se sacó la licencia en cinco minutos por Internet. Annete insiste en que deben crear un negocio juntos porque ella es la casamentera oficial de la comunidad.

—Y sí lo es... La muy bruja me hablaba todos los días de ti. Siempre supo que acabaríamos así. Por cierto, ¿qué significa ese hermoso símbolo colgado por encima del altar? Parecía mágico, de madera y rodeado por rosas de color blanco.

—Es un símbolo celta. El nudo cuartenario. Representa la vida, el amor y la continuidad. —Contestó Domenico y en ese momento vino Don Tommaso que se encargaría de llevar a la novia al altar. Carlotta, Alessia y Beatrice que al parecer eran sus damas de honor. Su casi esposo fue hasta el altar, esperándola con una sonrisa. Su hija estaba sentada en el regazo de Doña Albertina la cual charlaba animadamente con Annete, llevaba un vestido hermoso que probablemente le había diseñado para la ocasión Albertina. Por primera vez la pequeña lo llevaba limpio e impecable.

Don Tommaso la agarró de manera paternal y la música comenzó a sonar mientras ella miraba con amor al hombre que le había robado el corazón. Ambos habían hecho errores, pero se querían con locura y Melania sabía que desde aquel instante su vida nunca más sería vacía, pues a su lado estaría su familia y el hombre más maravilloso que había conocido en las nubes y que la hacía sentir única, especial y tan feliz que a creía soñar constantemente mientras vivía una realidad más que hermosa.

FIN

Bibliografía

Sueños 2

Sueños

Mi dulce sumisa

Mi nombre no es Aireen

Tormenta en Summerville (Serie Policiaca N°2)

Tú, mi destino

Lady Zoella (Serie mujeres empoderadas N°1)

Un ángel caído en mis brazos.

Te mereces ser feliz (Matrimonios forzados N°3)

El secreto de Serina (Serie Policiaca N°1)

El clan de las Pléyades

Casada con un insoportable escocés (Serie Matrimonios forzados N°2)

Mi media naranja

De vuelta a casa (Serie Matrimonios forzados N°1)

CRUELITY FREE

Delicias Turcas

Cásate y gánate una granja

Un verano inolvidable en Grecia

No sé si amarte u odiarte.

EN FORMATO PAPEL

De vuelta a casa

Casada con un insoportable escocés

Te mereces ser feliz

El Clan de las Pléyades

Elizabeth Betancourt es una colaboradora con diversas marcas, coach profesional y una escritora inagotable que ya tiene en el mercado de Amazon diecinueve obras para elegir. Entre sus éxitos están: Delicias Turcas y Un verano inolvidable en Grecia. Su próxima obra será: La venganza de Medusa.

Podéis encontrar más sobre la autora en su página de Facebook:
<https://www.facebook.com/E.Betancourt/>

Y en su Instagram: Elizabethsuslibros